La Comandanta

por

Liliana Quintero

2004

Salimos de la casa y no había nadie en la calle. No habría sido sorpresa si no se hubiera tratado de un sábado por la noche. La neta es que ni permiso teníamos de andar en la calle, pero ¿cuál era? Por ahí nos había llegado el fonazo a tiempo, cuando el reventón estaba en su apogeo. Llamarle al Bichos y decirle que me acompañara no fue pedo, sobre todo porque el Bichos, al igual que yo, ya estaba hasta la madre de estar tirado frente a la tele.

***

El Bichos era un tipo querido en mi casa, eso que ni qué. A mis jefes nunca les dio por prohibirme amistades. Aunque creo que más de alguna vez se medio asustaron de verle la jeta a dos que tres de mis compas. El Bichos tenía la fama de tener lo que se llama "pedos en el cerebro". Siempre hablaba de sangres, bofes, mierda y de vez en cuando de algún ritmillo que lo anduviera emocionando. El Bichos era de mi edad: se masturbaba, se emborrachaba y le sabía a la mota mejor que cualquiera que conozco. Pero la neta, neta, lo más chingón que tenía el Bichos es que no le importaba que yo fuera vieja. Y no me refiero al hecho de que yo fuera una vieja y el un machazo de ésos que no pueden andar con viejas para parrandear; no le importa que fuera vieja... no me miraba como si fuera vieja: por eso lo estimaba.

-1-

Al salir, la Comandanta se abrochó los zapatos, mientras el Bichos se prendía un cigarro. Miraron de reojo hacia la esquina, para verificar que no venía el camión. Eran apenas las 10 de la noche.

-Las 10 y todo sereno...-dijo el Bichos con un tono de celebridad que parecía el avance de un discurso, que lógicamente nunca tuvo lugar.
-No mames, mi buen...-la Comandanta se acomodó el pantalón y agarró del brazo al Bichos- me cae que este parrandón se lo vamos a contar a nuestros nietos. La Pachis me dijo que iba a estar a toda madre. Se ve que va a llegar gente de todos las Danceterías del año pasado. También me dijo que la cosa iba a estar tranquila, ya ves, por aquello de las razzias. Pero qué hongo, pudiste traerte algo de aquellito?
El Bichos no necesitaba responder. Entre ellos, esas preguntas eran retóricas. Sacó un Kleenex de florecitas y lo desenvolvió, no sin antes voltear de una lado para otro por si andaba circulando una patrulla. Con el nuevo Gobierno, la ciudad se había llenado de patrullas y patrulleros nuevos, que rondaban la ciudad, sobre todo por las noches. La noche estaba clara. La ciudad estaba por despertar.
Divisaron el camión cuando prendieron el segundo cigarro. Iba a ser el último camión del día, porque a las 10 y media dejaban de circular las líneas de minibuses. Sentados frente a la puerta trasera miraban los coches que iban por la avenida y de vez en cuando se reían cuando los conductores se indignaban de sus señas. Se bajaron en la Calzada Independencia, para seguir caminado unas cuadras. La verdad era que no conocían el domicilio de la famosa fiesta, pero la Pachis les había dicho que estaba frente al Office Depot. Dieron con la casa por la música estridente que se escuchaba casi una cuadra antes. La puerta de la casa estaba cerrada, cosa que esperaban. Tocaron tres veces. Un tipo de mediana estatura y muy mala pinta les abrió la puerta.
-Treinta bolas, carnales. Las chelas son aparte.
-Gracias, bro- la Comandanta le respondió de buena gana. El Bichos ya se había adelantado para buscar las cervezas. Llevaba su mejor pantalón: un intento de

mezclilla de cuadros rojos con azules, que hacían juego con sus botas de casco de metal. Tenía el pelo largo, los ojos negros.

-Mira morra!- el Bichos señaló al escenario, donde una banda de 3 muchachitos escondía la cara tras cuidadísimas melenas y unas guitarras eléctricas por demás desafinadas.- ahí está el Rolando, güey. Yo no sabía que ese vato andaba en los toquines mayores. Chance y nos invita una chela.

Rolando era amigo de los dos. Habían dejado de verse desde que el Bichos se había salido de la escuela y la Comandanta había dejado de frecuentar a sus compañeros, porque no eran afines a su causa. Rolando había quedado en entredicho. Siempre se hablaba de él, pero nadie sabía a ciencia cierta de su vida. La Comandanta sonrió pensando para sí misma que no era la única en llevar una doble vida. Rolando tocaba sus mejores notas, cuando la canción pareció terminar. Un tipo de unos treinta años, con unos lentes enormes, empezó a maldecir a gritos a los hijos de puta que habían pisado los cables de los instrumentos. Los organizadores movilizaron la luz y el sonido y pronto estarían escuchando La Maldita Vecindad y los Hijos del Quinto Patio. La gente empezó a brincar, a gritar, a codearse: era la hora del slam.

Rolando bajó apresurado del escenario cuando vio al Bichos y a la Comandante, que lo saludaron cariñosamente.

-Qué escondidito te lo tenías, guey. Le estaba diciendo yo a esta morra que yo no me había enterado de tus talentos musicales.

-No tengo mucho en ésto. Unos compas de la Prepa me invitaron a un toquín y como el guitarrista que tenían se metió con la vieja del que canta, pues...

-Y tú, cuándo te vas a meter con su vieja, cabrón?

-Ay mamacita, nunca se te va quitar lo bocona...

-Y a ti lo fresa...

Se fueron a bailar con la demás gente, que se empezaba a poner cada vez más agresiva en la pista de baile. Los primeros insultos se alcanzaban a oir. La Comandanta se esforzaba en brincar más que los demás, sobre todo para no caerse. Rolando se había encargado de las cervezas, que se servían en vasos de plástico para que la gente no se abriera la cabeza si es que empezaban los golpes. De repente, el Bichos agarró a la Comandanta de la cintura y la hizo a un lado, cuando una mujer bastante borracha estuvo a punto de vomitarle encima. Al principio ella se asustó, sobre todo porque no estaba acostumbrada a que el Bichos la tocara. Eso era cosa de Rolando... El Bichos la soltó cuando ella trató de zafarse rabiosa y le había pegado un aventón. Rolando la miró desdeñoso.

-Suéltame, pendejo! Ya la había visto. Pinche vieja borracha

Rolando rió exageradamente, mirándola con atención.

-Como dije antes, nunca se te va a quitar ni lo hocicona ni lo machita...

-Pues a ver si se te pega. Y saben qué, ya me harté de este pinche amontonadero. Ahí la vemos.

Apenas eran las doce y la verdad es que no tenía ganas de irse, pero una fiesta con Rolando no era fiesta. Siempre era lo mismo: se criticaban, se peleaban y después terminaban en alguna esquina, besándose.

La Comandanta se dio la media vuelta e inició su retirada a aventones de la famosa fiesta. Cuando estuvo afuera, el tipo de la entrada le prendió un cigarro.

-Por qué tan temprano? A poco te regañan en tu casa?

La Comandanta no le respondió. Sólo le dijo adiós con una seña y empezó a caminar. Dos minutos más tarde, el Bichos la alcanzaba.

-Me caga ese cabrón-comenzó la Comandanta sin preguntarle al Bichos porqué la había seguido.

-Ay, morra, pero si el Rolas nomás te está jodiendo. No hay porqué.

-Ya lo conoces, bien que le gusta estarme criticando. Nomás porque no soy como toda la sarta de pendejitas con las que se junta. Que si peleonera o mi boquita...pero bien que le gusta al guey andármela besando...

-Y a ti no, o qué?- el Bichos estaba harto de la misma cantaleta. Cada vez que se encontraban a Rolando, la Comandanta salía furiosa y en plan de fuga, caminando como si la fueran persiguiendo.

-Pues sí y no, fíjate. A mí me pasa más esa onda trascendental que nos traemos. No es el cuento de los dos que se la pasan peleando y en realidad se quieren. La neta es que de veras nos odiamos...

Ya no hablaron más por el camino. Decidieron que era muy temprano para parar la fiesta y pensaron que lo mejor era irse a casa de la Comandanta a fumarse un churro en la azotea. Lo prendieron en silencio. Ese silencio, lo que más apreciaban el uno del otro: estar en silencio, como si estuvieran solos cada quien para sí, sin tener que pasar por el horror de comprobar que sí los estaban. Siempre, al levantar la mirada, se sabían acompañados. Nunca hablaban de su miedo a la soledad. Esos sentimentalismos no iban con su amistad. Su cercanía no se basaba en las palabras, ni tampoco en las miradas. Solamente en la certeza de estar acompañados. Se tiraron en la azotea cuando se acabaron la bachicha. El cielo no tenía estrellas y hacía calor. Alrededor de las dos, el Bichos decidió que mejor se iba, antes de quedarse dormido en la azotea. La Comandanta nunca lo acompañaba a la puerta. Ni siquiera se besaban en la mejilla cuando se despedían. El Bichos cerraba el cancel y siempre le hablaba al día siguiente, para seguir disfrutando del silencio.

Rolando se apareció al día siguiente en casa de la Comandanta con el pretexto de pedirle prestado un libro. La Comandanta pensó en lo mamón que se oía el pretexto, si bien sabía que ese güey nunca había tenido un libro en sus manos. Se

lo dio de mala gana, todavía estaba sentida. Antes de irse, Rolando se le quedó viendo...

-A poco sigues enojada conmigo, morra?- La Comandanta lo empujó cuando se le acercó para abrazarla.

-Tú qué crees, guey? Ya sabes que los berrinches que hago me duran nomás un ratito- ni siquiera pudo reírse. Le tenía ACRO, lo podía acuchillar de una vez y cuando le salieran las tripas todavía iba a ser capaz de pegarle una patada

-Pero si fue broma, la neta es que tú te enojas por todo y yo tanto...

-Ni lo digas cabrón porque te pongo en tu madre, oíste?- La Comandanta se quedó muda, con los puños temblando y un puño de lágrimas en los ojos que se negaban a salir. La soledad compartida con el Bichos era agradable y hasta necesaria, pero la diferencia la marcaba Rolando: la soledad no era compartida, era implementada, aludida, institucionalizada y provocada por la intención de Rolando.

_ Ok, ok, no te calientes. Ya sé que hablo demasiado, pero se me hizo raro que me dejaras ahí paradote. Yo, primero que nada, ni sabía que ibas a llegar a la fiesta y cuando te vi sentí chido, pensé que íbamos a pasarla bien...-La Comandanta lo interrumpió en seco. Lo sostuvo del cuello un minuto, quizá dos. Cuando lo soltó Rolando seguía sonriendo.

- Mira pendejo, yo no soy tu “pasarla bien” ni tu nada. Yo hago y dejo de hacer lo que se me da la gana

-No me digas que estás ardida?

-Ardida yo??? Quién te crees que eres? Me vales madre tú y me valen madre tus arrumacos. También me vale madre lo que tengas que decirme. Ya sé que piensas que soy tu pendeja que vive esperando a que le hables, que la invites a salir, pero no, fíjate. Tengo cosas más importantes que hacer, así que ahuecando el ala, papacito...

-Pinche morra, de veras que eres bien sentida...Yo venía a decirte que mejor dejáramos de vernos un tiempo, porque cada vez que me ves siento que tienes ganas de matarme y ya hasta te tengo miedo...

-No seas mamón, Rolas. Pero si éso es lo que quieres, mejor para mí, así no tengo que verte la jeta- le dolía, y ambos sabían que así era. Los encantos se perdían cada vez que se separaban. Era la ley de su odio: dejarse para seguir teniendo una razón para verse.

Rolando salió sin decir palabra. La Comandanta lo siguió con la mirada, entre rabia y pena no sabía por qué llorar. Se metió a la casa cerrando la puerta de un portazo. Estaba sola. Siempre lo estaba, pero por qué le molestaba tanto en esos momentos. Nunca había sido diferente. El odio siempre había sido así.

***

Cuando el Rolas llegaba a la casa, parecía cosa de película. Se engalanaba todo y a mí me daba risa, sobre todo porque no le quedaba. A veces pudimos reirnos de dos o tres desmadres que armamos en la calle, pero siempre que se trataba de ponerse serios el Rolas rajaba. Ese cabrón parecía una cebolla: se me ponía en frente y a mi me daba por llorar. Lo que más odiaba de él era que él sí sabía dejarme sola, como cuando uno siente un hoyo bien grandote en la panza y no sabe cómo cerrárselo. Era triste. Hasta yo misma me daba lástima. Una vez nos encontramos en casa de un compa y depués de que todas las viejas se fueron porque era tarde, le entramos bien duro al alcohol y nos empezamos a gritar verdades: que lo odio, que me odia y que nos odiaremos por siempre. Después me besó y yo le rompí la nariz. Nunca fui tan feliz. Cuando pienso en sus apariciones hasta siento comezón. Creo que le tenía alergia. Y es que lo odiaba tanto...

-2-

Rolando estuvo en casa de Lolis como a las siete. Llegó con la intención de venderle un estéreo y se quedó a hablar de medio mundo. Después del cuarto

churro, a Rolando le dio por hablarle de la vida y la muerte, a lo que Lolis se vio obligada a interrumpir porque había sonado el timbre. Lolis regresó brincando, gritando que mira qué chido, había llegado el Bichos, como siempre sin avisar. Qué divino, que divertido, etc. etc.

- Quihúboles mi Rolas!

- Quihúboles mi Bichos, dónde dejaste a tu pegoste?

El Bichos frunció el ceño, no acababa de llegar y Rolando ya le estaba jodiendo la vida.

- Hoy se quedó en su casa. Me dijo que no podía salir porque andaba en sus días, cómo la ves?

-Menos mal, mi buen, esa chava es re complicada...

El Bichos pensó para sí que la verdad es que Rolando se había decepcionado de que La Comandanta no lo hubiera acompañado, pero las cosas siempre habían sido así. Se sentó en el sofá junto a Lolis que seguía mirando a Rolando con ojos de chivo a medio morir, mientras éste le hablaba de las ligerezas de la vida.

Fumaron un buen rato de esos cigarros sin filtro apestosos que les recuerdan a los fumadores que tienen que dejar de fumar. Como siempre, el Bichos se quedaba calladito mirando a su alrededor por si acaso la mamá de Lolis se asomaba para ver qué andaban haciendo.

Como a las dos de la mañana, la mota había hecho su efecto y había enviado a la Lolis directito al excusado a vomitar. En la sala, los muchachos contemplaban cómo se diluía su silencio en el humo de los cigarros.

- De veras La Comandanta tenía sus días difíciles o no vino porque aquí iba a estar yo?- dijo Rolando después de darle una fumada a su tabaco.

- Primero que nada ya sabes que te cortaría los huevos por andarle diciendo "La Comandanta" y segundo, qué chingados te importa lo que ella haga o deje de hacer. Deberías pararle a tu teatrito, güey, con esa morra no se juega.

- Yo no juego, mi Bichos, nomás es puro interés... La neta es que deja bien sacado de onda. Nunca sé lo que está pensando y menos lo que está por decir, que es lo peor. Cada vez que la veo siento que me cae bien gorda. Me doy cuenta de que me cagan sus pelos cortos, las botas esas amarillas que usa y sobre todo el hecho de que tenga esa bocota por la que sólo salen sapos y culebras... pero luego la extraño un chingo... Hace ya dos semanas que no nos vemos y ella ni ha hecho el intento de hablarme. Es que se quedó bien ardida...

El Bichos no respondió. Muchas otras veces había tratado de explicar que lo que pasaba era que a Rolando le estaban entrando piquetes de amor por La Comandanta, que por eso la odiaba tanto. Pero Rolando siempre lo había negado. Alguna vez le había dicho que lo que pasaba era que le tenía mucha lástima a la pobre y que por eso se preocupaba por ella. El Bichos nunca le preguntó a qué se debía esa lástima, porque sabía que no era cierto.

- ¿Por qué siempre andas con ella?- le preguntó Rolando de repente al Bichos – no me vayas a decir que te trae de un ala... Siempre me he preguntado si ustedes dos se han puesto a coger alguna vez.

El Bichos se quedó mudo. Poco faltó para que escupiera el humo del cigarro sin haberle dado el golpe. Miró de reojo a Rolando y supo que era mejor irse, porque si no, le iba a romper todita su madre a Rolando. Con un "no seas pendejo" se levantó del sofá y balbuceando un "ahí la vemos" salió de casa de la Lolis, quien, sin duda, se había quedado dormida con la cabeza metida en su propio vómito.



Cuando ando depre me da por comer galletas de chocolate. Me gusta que se me desbaraten en la boca y se me queden los pedacitos pegados a las muelas, para después de una rato sacármelos con la lengua y pensar que me las sigo comiendo. Me acuerdo que una vez el Rolando me besó y me dijo en el oído que mis besos sabían a chocolate, el muy mamón... Lo que el pendejo no sabía, era que le acababa de atinar a uno de esos pedacitos que habían quedado atorados en mis

muelas. La verdad es que sí me pesaba que el Rolando no me buscara. Siempre estábamos jugando con las mismas cartas. Lo dejábamos todo a la casualidad. Lo malo era que en mi mundo de casualidades, pocas veces me lo topaba. Sentía unas ganas inmensas de irme a meter a una de las fiestas fresas a las que lo invitaban y ponerlo en tremendo ridículo de que lo vieran conmigo, pero luego pensaba que le iba a dar un gusto... Le daría razones para que me hiciera reproches y eso me daba mucha güeva. El Bichos me decía que se lo encontraba de vez en cuando, pero como mi carnal era tan retraído, pues nunca lograba sacarle más sopa. Me quedaba con las puras ganas de encontrar más razones para odiar a Rolando más que a mi vida.

Nadie sabe odiar más que yo, eso que ni qué. Las personas que he odiado en mi vida podrían asegurarlo. Mi odio casi siempre se vuelve enfermizo, sangriento, casi caníbal. Siento unas ganas inmensas de matar, de triturar, despellejar, morder y vomitar a esas personas, pero nunca, nunca, quiero dejar de tenerlas en mi vida.

-3-

La Comandanta se levantó de la cama con pereza. Eran las siete de la mañana y tenía que ir a la escuela. No era que le molestara el hecho de ir a la escuela después de las vacaciones de Pascua, sino el hecho de volver a verle la cara a Rolando lo que la tenía frita.

Se puso lo primero que encontró. Agarró sus Walkman marca patito y subió el volumen hasta el tope. Se tomó una taza de café bien cargado y hasta negro y se dispuso a salir. Abrió la puerta de la casa con cuidado, para que no se le fueran a salir los perros. Metió la mano en su bolsa para revisar que llevaba sus llaves y la cartera y cerró la puerta sin hacer ruido. Se dio la vuelta para alcanzar la banqueta con los ojos bajos, la mirada perdida en los charcos de la calle, llenos de basura natural y una que otra lata de Coca Cola.

Prendió un cigarro con filtro (el mañanero) y caminó pensando en que pronto sería su cumpleaños. Iba a cumplir diecinueve años: estaba viviendo todavía en su casa, terminaría la escuela en unos meses y después se haría vieja, se le caerían las tetas al suelo y lo peor de todo: el himen se le pudriría de no ser usado nunca. La Comandanta era un secreto para todo el mundo: las mujeres pensaban que era una cualquiera porque siempre andaba con hombres y la mayoría de los hombres nunca hubieran podido jalársela pensando en ella porque se hubieran sentido maricas. De todas maneras, La Comandanta era un tema diario, un buen tema de mesa y casi siempre representaba la posibilidad de un buen show en fiestas privadas. Siempre iba por el mundo hablando de sus ideas, ideas que a veces nadie comprendía, como cuando soltaba carcajadas diciendo que estaba tan contenta que podría morirse en ese mismo instante. Lo que nadie sabía, era que La Comandanta lo decía en serio. Así como hablaba en serio cuando se burlaba del tamaño de las vergas de sus compañeros cuando éstos empezaban a alardear de sus atributos agregando casi siempre más de 4 centímetros. Todo lo decía en serio. Los demás pensaban que era una habladora, de ésas con las que uno puede reírse porque cree que lo que habla es broma.

Hablaba de sexo más que cualquiera en términos y risas que proclamaban el más desviado libertinaje, aun cuando La Comandanta era virgen, para su desgracia. Creía en el amor, en todos los amores habidos y por haber. Amaba a Dios y a medio mundo de maneras distintas. Las clasificaciones del amor en la boca de La Comandanta parecían sacadas de un catálogo gringo, en el que todas las posibilidades han sido tomadas en cuenta. Y no mentía. Conocía y practicaba el amor exquisito por Dios y por el arte, el amor al prójimo según el Evangelio de San Marcos, el amor insaciable de la causa, el amor animal de los hombres entre sí, el amor cansante de los amigos en desgracia, el amor apasionado de los héroes de películas, el amor desnudo del silencio entre amigos, el amor a sí mismo hasta

que la muerte nos separe, el amor de niños entre los recuerdos de un pasado que se hacía cada vez más lejano, el amor pasado de moda encerrado en una canción de Pedro Infante... Pero el amor que más le gustaba era el amor platónico, que por ser tan inalcanzable se convertía en el odio más puro; el reproche más sublime, la distancia más perfecta, el lucero más lejano... A La Comandanta le gustaba sufrir despierta, disfrutaba de cada punzada que le provocaba la inmensidad de una soledad que acababa por ser su única aliada. Le había perdido el miedo a la nada. Se encerraba en ella día y noche y transgredía la barrera tan sólo cuando sentía que se iba a desplomar de tanto vacío...

Así amaba La Comandanta aquella mañana, con los cabellos despeinados, los cachetes rojos de tanto caminar, las botas carcomidas del lado derecho por su paso chueco... Así amaba La Comandanta en aquella ciudad todavía muerta, cuando se topó con Rolando en una casualidad.

No lo vio inmediatamente; llevaba 346 pasos contados desde que había salido de su casa y aún escuchaba a Janis Joplin a todo pulmón. Fue el olor de Rolando lo que la hizo detenerse en seco y mirar de frente. Lo encontró más flaco, con otro corte de pelo, medio enmarañado al fin.

- Como diría Pandora, ¿cómo te va, mi amor?- La Comandanta se echó a reír no sabiendo si era el gusto o el café que la había puesto de tan buena gana.

- Good morning, darling. ¿Vienes matando cucarachas?

- No pendejo, estoy haciendo cuenta del vía crucis que tengo que pasar cada mañana.

- ¿Vas a la escuela?- De repente la miró de lado, casi casi suplicante...

- Pues sí, a dónde más. Pero, ¿por qué preguntas? ¿qué te importa?

Rolando tartamudeó un poco. La Comandanta supo que pasaba algo. Lo agarró del brazo y se quitó por fin los audífonos.

- Vamos a tomarnos un café, ¿o qué? Al cabo las primeras horas nos toca Deportes y yo ya sabes que no le hago a eso de la sudada y tú por lo visto nunca has sudado en tu vida. Yo conozco un café de viejitos aquí por el centro que abre a las siete y en donde podemos pedir Hot Cakes. Con la condición de que me invites, mi bro, porque ando jalando la cobija por las calles de la miseria.

Rolando no dijo nada. Se dejó llevar casi de la mano de La Comandanta, a empujones. Podía sentir la rabia de sus jalones, el sudor frío de sus dedos. Con la mirada baja entró al café Opera. Subió la mirada para descubrir que no había nadie. Fuera del mesero setentón que esperaba sentado en la barra, solamente un gato viejo se escondía detrás de las plantas. Cada mesa tenía un salero, un servilletero de metal empañado y un juego de cubiertos. Habrá sido el olor a humedad del lugar, tal vez el fuerte aire acondicionado o los apretones de La Comandanta, el caso es que se le humedecieron los ojos como si le ardieran sin parar. La Comandanta lo notó, pero prefirió no hacer comentario al respecto.

- Aquí preparan el mejor café de olla de la ciudad, mi buen, es un privilegio venir a este lugar.

Rolando la miró de reojo y trató de sonreír.

- ¿Quieres que te pida también unos queques?

- No, gracias, no tengo hambre.

Hora de reaccionar. Para iniciar conversaciones difíciles había que encontrar el momento oportuno. Había que quitarle al otro las palabras de la boca; componer el mundo a partir de una palabra.

- Si no tienes hambre entonces qué chingados te traes. Parece que te hubieran atropellado en la esquina. De cuando a acá me esperas para ir a la escuela.

Rolando no se defendió y La Comandanta supo que era algo grave.

-¿Querías hablar conmigo? Pues entonces empieza, por lo menos mientras nos traen el café.

- Quería hablar con *alguien*...

-Ahh, bueno, yo suelo ser alguien. ¿Qué te traes?

- No sé por dónde empezar...

-Pues por el principio, supongo. ¿De cuándo a acá te pones tan mudo?

La verdad era que a La Comandanta le palpitaba el corazón a mil por hora. Le estaban sudando los sobacos y además sentía que el estómago le iba a reventar de tanto revoloteo. Creía, miserablemente, que Rolando tenía algo que decir*le*.

- Mira, Ana... ¿Hace cuánto que nos conocemos?

Puta madre, pensó La Comandanta. Ahora sí le iba a echar el cuento y con versión completa.

- Ay, quién sabe...- pensando para sí misma que para aquel día se cumplirían los 1275 días y dos horas- pero eso no viene al caso.

El mesero se acercó con las dos tazas y se retiró con discreción.

- Pues creo que nunca me habías visto tan mal como ahora...

- ¿Cómo que mal?- ¿Mal? Pero papito, si estás mejor que nunca, sobre todo que ahora sí te vas a atrever a pronunciar las palabras mágicas.

- Tengo un lento, profundo y angustiante mal de amor.

-Hijo de tu madre, no te la mames tan pronto. ¿Mal de amor?- La Comandanta se empezó a comer las uñas en una mezcla de ataque de pánico y satisfacción. Quería que se lo dijera ya, que dejara de desperdiciar los segundos en mirar para otro lado.

- ¿Nunca te has sentido así, como si te sacaran el corazón a mordidas y luego te lo escupieran en la cara?

- La neta, neta? No.- Mentía, mentía porque lo venía sintiendo desde el momento en que se conocieron

- Pues así me siento. No he dormido en varios días pensando en lo que es mi vida sin *ella*.

¿Ella? ¿Quién era ella? La Comandanta se quedó perpleja. El ***ti*** parecía haberse esfumado de repente y todo era como antes: reinaba la nada.

Rolando la miró curioso cuando se puso pálida y encendió un cigarro. Notó que le temblaban las manos y que contuvo el aire por un par de segundos. Lo atribuyó a uno de sus múltiples mareos matutinos que le venían de los terribles insomnios en los que La Comandanta se pasaba en la azotea de su casa fumándose un churro de las buenas noches. Después de un minuto de silencio, La Comandanta recuperó el control y lo miró a los ojos. Una rabia inmensa la invadía. Tenía ganas de matarlo, pero eso no habría ayudado en nada: sólo lo odiaría aún más.

-¿Quién es ella?- se atrevió a preguntar La Comandanta.

- ¿Qué, no me digas que no sabías?

Lo primero que pensó La Comandanta era que Rolando le estaba dando atole con el dedo bien sabroso.

- ¿Tú crees, pendejo, que me paso la vida buscando a todo el mundo para preguntarle por ti? Además, a mí la verdad qué me importa...

- Se trata de Lolis.

-¿LOLIS? No mames, LOLIS, güey? Me cae de madres que me estás metiendo un chorote. NO ME PUEDES VENIR A DECIR QUE TE ESTÁS MURIENDO DE AMOR POR LOLIS, Rolando...

- ¿Qué tiene? ¿A poco te arde?

- O.K. Límite traspasado. Pensé que querías hablar conmigo de temas trascendentales, pero al parecer parece que nomás tienes ganas de joder, así que vete a chingar a la más vieja de tu casa, porque no tengo tiempo para estas babosadas.

Se iba a levantar, pero Rolando la detuvo.

- No te encabrones Ana, por favor... Esto de estarte picando es ya una costumbre. Siéntate. Quiero hablar contigo...

-¿Te la cogiste?- las palabras se le habían escapado con un toque de reproche. Lo había mirado a los ojos y había sabido que era en serio.

Rolando la miró disgustado.

- Sí, pero eso no viene al caso. El caso es que estoy enamorado de ella. Anduvimos unas semanas durante las vacaciones de arriba para abajo y uno de esos días, pues pasó...

-Pasó qué cabrón, que te la cogiste o que te enamoraste?

- Las dos cosas. Ella no es mi tipo, pero es muy tierna y muy amable, además me hace sentir.....

Rolando parecía no poner fin a su enlistado de cualidades de Mujer Maravilla de Lolis. Nada más le faltaba comentar lo buena que era Lolis en la cama para que La Comandanta hubiera empezado a vomitar.

-....pero ayer me dijo que ya no podíamos seguir así... No lo entendí muy bien: al parecer tiene que concentrarse en otros aspectos de su vida, además me dijo que su papá era muy estricto y que no la iba dejar andar conmigo. Me dijo muchas cosas, pero lo que más me dolió es que todo me parecía un pretexto absurdo...

La Comandanta tenía las palabras que le quemaban como ácido sulfúrico en la lengua... ¿Lolis? ¿LA Lolis que conocía? No podía ser que estuvieran pensando en la misma persona. La verdad era que la noticia le había quedado atorada en lo más profundo del hígado, pero tenía que actuar; tenía que demostrar cordura, entereza, ¡ser macho, chingada madre!

-Es un pretexto absurdo- dijo después de un rato, en el que Rolando ya había reflexionado sobre otro asunto.

Rolando la miró con tristeza. Parecía saber que eso le diría La Comandanta. No había necesidad de tantos enredos; así era siempre entre ellos. Las explicaciones siempre salían sobrando.

- Es un pretexto absurdo y tú lo sabes mejor que nadie. Lolis no es la típica hija de familia que obedece a su jefe y toda la cosa, la Lolis siempre anda borracha después de cada fiesta y hay que andarla cargando por las esquinas y todos esos pedos... Si te dijo que tenía que concentrarse en otros aspectos de su vida, se refería sin duda a que anda cogiendo por otros rumbos, bro. Sorry que te lo diga tan al pedo, pero es la neta y tú lo sabes muy bien.

- A veces puedes ser bien dura, mi Comandanta.

Sí, era dura. No sabía si lo era porque era buena amiga o porque tenía ganas de lastimarlo. Ahora sentía odiarlo aún más. Lo miraba de frente, retadora. Sentía lástima de su cuerpo enjuto y carcomido por las ratas del insomnio. le daba asco pensar que era una "impensable" la que le hubiera roto el corazón.

- ¿Y ahora qué hago?- dijo Rolando con lágrimas en los ojos.

-No me digas que te vas a poner a berrear por una pendeja, Rolando. No me hagas esto. Nunca pensé que fueras tan marica, güey. Piensa que te la pasaste bien un rato, que tuviste tu propio club de fans por un momento y que ahora tienes que arreglártelas solo como muchas otras veces. El amor que según tú sientes se llama en mis categorías "terror a la soledad". Parece que de un día para otro te hubiera cambiado la personalidad, qué onda, maextro?

- Ahora que lo pintas de esa manera, puede que tengas razón. La neta es que lo que más miedo me da es sentir que no tengo nadie en qué pensar.

¿Nadie en qué pensar? La Comandanta quiso gritarle que ella le había dado muchas horas de qué pensar, o por lo menos eso había creído hasta entonces. Pero no dijo nada.

Rolando se quedó callado un rato. Pensativo, ausente. De vez en cuando levantaba la mirada para sorber el café o buscar consuelo, pero los ojos de La Comandanta estaban fijos en la mesa, fríos.

- Lo peor de todo es que me agarré con mis jefes de la greña por esta morra y ahora ya no sé cómo echarme para atrás y darles la razón de que es una cualquiera...

-No tienes porqué...

-Sí tendría, porque me salí de mi casa anoche y juré no volver... Anoche dormí afuera de tu casa...

Por un momento, La Comandanta sintió ternura, ganas de llorar, náuseas, escalofríos, de todo... ¿Por qué había ido a dar afuera de su casa? ¿Qué no se podía buscar otro lado para andar babeando las banquetas? La Comandanta estaba atónita, lastimada, ulcerada: estaba al estribo de besarlo. Pero se contuvo...

- Por eso no te apures. Podemos hablar con el Bichos. Al cabo seguro que te hace un lugarcito en su cantón, con eso de que vive solo y no tiene a quién darle cuentas de nada.

- No había pensado en eso.

-No habías pensado en nada, mi buen. A ver, ¿por qué chingados no timbraste anoche? Hubieras podido dormir con mi hermano...

- O contigo...

-¿A qué estás jugando, Rolando Contreras? No estoy para tus chistes.

-Fue un decir...

-Pues no andes diciendo. Muchas veces te dije que no soy tu pendeja. No juegues con cosas que no entiendes.

Rolando no dijo nada. La Comandanta lo miraba con todo el odio que podía sentir en esos momentos. Cada una de sus entrañas le ardía por dentro y no encontraba sosiego alguno. El silencio era lo mejor.

- Mira, déjanos cortarla por hoy. Ven, te invito a comer a mi casa hoy. En la tarde le hablamos al Bichos cuando regrese del taller donde trabaja para ver si te puedes quedar unos días con él, hasta que decidas lo que quieres hacer con tu pinche vida. En lo que se refiere a la Lolis, más te vale que te la vayas sacando a chingadazos de la cabeza porque es algo realmente deprimente. Aprende a vivir contigo mismo, carnal.

- Lo que usted diga, mi Comandanta.

-Chinga tu madre.

-Sí, mi Comandanta.

* * *

A veces, cuando empieza a llover me pongo a pensar en todos los perros callejeros que andan por las calles de la ciudad buscando abrigo, para no mojarse y para no apestar más de lo que ya apestan... Creo que esa misma lástima fue la que sentí cuando me imaginé a Rolando afuera de mi casa, tratando de dormir y con miedo a que se lo llevara la tira. Me imaginé la otra manera: Rolando tocando el timbre de mi casa. Rolando entrando a mi casa como siempre. Rolando explicando que no tenía a dónde ir. Rolando poniéndose una pijama vieja de mi hermano. Rolando tocando a mi puerta despacito, calladito. Rolando sin zapatos delante de mí, mirándome, suplicándome sin palabras. Rolando abrazándome fuerte. Rolando besando mi cuello sudado de tanto nervio. Rolando desnudo encima mío. Yo de pendeja, dejada y además con el culo en la mano.

No, no es una buena manera de pensar.

Me pregunto si lo hubiera dejado de odiar en ese momento o si lo hubiera odiado todavía más de lo que lo odio después de coger con él, enterarme de que fue por un ardor de otra. Creo que nunca lo hubiera golpeado tan fuerte de haber sido así. Me pregunto si me hubiera hecho feliz esa noche o me hubiera arrepentido toda la vida de que haberle abierto la puerta. Son cosas que nunca sabré, porque Rolando durmió afuera de mi casa y no tocó la puerta.

-4-

El Bichos había dejado a Rolando en su casa ya más de dos semanas. Los dos se llevaban bien, sobre todo desde que Rolando no tenía lana para andarla haciendo de paquín por las fiestas. El Bichos trabajaba en un taller mecánico, de ésos que todavía existen como en los tiempos de Pedro Infante. Había dejado de estudiar desde que lo corrieron de su casa por marihuano y cocainómano (maníaco-depresivo, médium y shaman) y lo único que siempre le gustaron fueron los coches, aunque nunca tuvo uno. Se iba temprano en la mañana, antes de que Rolando se fuera a la escuela y regresaba hasta en la tarde. Desde que Rolando estaba en casa del Bichos, La Comandanta no había visto ni al Bichos ni a Rolando. La verdad es que muchas veces, después de la escuela iba a dar a casa del Bichos (tenía llave) para echarse su gallito vespertino mientras hacía la tarea. Luego se ponía a ver la tele y esperaba al Bichos para que le dijera lo que había pensado hacer hasta las 11 de la noche, hora en que regresaba a su casa a seguir con la vida normal. La Comandanta siempre vio la casa del Bichos como una ruptura del tiempo. Un hoyo negro en el que existe el silencio más absoluto, un lugar al que no debía meterse nadie que no pudiera estar consigo mismo. Hasta ahora La Comandanta estaba acostumbrada a estar sola, aunque estuviera acompañada... Pero Rolando lo había cambiado todo. Había contaminado el retorno eterno de La Comandanta con su perfume y su risa. Tan sólo imaginarse encontrarse con Rolando en la casa del Bichos ponía frenética a La Comandanta. No es que tuviera miedo de estar a solas con él, sino que Rolando debía permanecer en los suburbios de su vida y no en el centro de sus meditaciones. Echarse un churro a solas con Rolando era como pedir pasaje directo al

mismísimo infierno: sentiría dejar de respirar cuando en aquel silencio sólo podría escucharse el latido de Rolando. Tendría miedo de verlo a los ojos y La Comandanta nunca mostraba miedo. Siempre era todo un hombre, con los huevos bien puestos...

Un día, bien pachecos, le había dicho el Bichos que era "todo un *hombre*" y ella supo que era un cumplido.

- ¿Sabes qué morra?- le había dicho aquella tarde- me cae que nunca había conocido a una vieja que tuviera tantos huevos como tú. Por algo te apodan La Comandanta.

- La gente pendeja se deja mangonear fácilmente, mi Bichos, no es gran cosa.

-No, es que lo que te quiero decir es que he decidido que eres un ser ambivalente.

La Comandanta no había preguntado más. De hecho, lo que el Bichos consideraba un piropo, a ella le deprimía sobremanera. Sabía que el hecho de ser ambivalente significaba más que nada que nadie nunca te consideraría ni de una forma ni de la otra: nunca podría ser un hombre de neta, pero llegar a ser una mujer de la que los hombres se enamoran locamente le parecía igualmente distante y absurdo.

Era esa ambivalencia la que la separaba no sólo de Rolando, sino del mundo que la rodeaba. Sin duda, alguna vez había encontrado gente afín, pero nunca con todos los atributos para compartir la enormidad de ser una variable matemática de tercer grado consecutivo y trigonométrica.

El Bichos se olvidaba de vez en cuando de que La Comandanta sufría por estas cosas y luego de decir las cosas se arrepentía en un silencio largo que se rompía apenas cuando se acababa el churro y había que hacer uno nuevo. Luego volvían a reír de cualquier cosa y se olvidaban de sus tristezas hasta que cualquiera de los dos hablara de algún tema prohibido.

Rolando nunca fue un tema prohibido entre los dos hasta que se fue a vivir a casa del Bichos.

Eran las seis de la tarde, cuando el Bichos timbró en la casa de La Comandanta. Al verlo, se le cayó la ceniza del cigarro al piso, por lo que la tuvo que recoger llenando de saliva un dedo.

-¿Quihúboles, mi bro! Tanto tiempo...

-Ya me había hartado de tragar con Doña Jose, morra. ¿No me invitas un taquito de los frijoles de tu jefa?

-Simón, güey, pásale.

Por un segundo, La Comandanta pensó en decir "no te había hablado porque...", pero se lo guardó para sí misma. Ambos sabían muy bien porqué no se habían hablado antes.

- El Guarro me trajo una mota de San Luis bien buena. Luego vas a probarla.

-Me la hubieras traído, bro. Ando chiva desde hace una semana porque no he tenido tiempo de ir con el Ricky. Me la he vivido de puro tabaco. ¿Ya se me nota el estrés?

Los dos rieron y se sentaron en la mesa. La Comandanta sacó las tortillas del refrigerador y le empezó a calentar los frijoles al Bichos. Sacó una salsa espesa de la alacena y la puso frente al plato todavía vacío del Bichos.

-¿Qué onda con tu chamba, mi buen? ¿Todavía te da para tus vicios?

- Pos ahí va, la neta es que después de todo me alcanza para comer.

Mientras estaba en la cocina, La Comandanta trataba de encontrar el modo de evadir el tema de Rolando, aunque se estaba muriendo de curiosidad por saber lo que estaba haciendo el güevón ése. había dejado de ir a la escuela y nadie lo había visto, más que el Bichos.

Por su parte, sentado solito en la mesa, no sabía cómo hablar con La Comandanta sin mencionar a Rolando, sobre todo porque además de los muchachos del taller, no había visto a nadie más.

Los frijoles todavía hervían en el plato cuando el Bichos le metió la cuchara. Partió la tortilla en dos y se metió un bocado mirando de reojo a La Comandanta. Después de terminado el plato, el silencio se volvió denso, desesperante.

-¿Qué te parece si hoy en la noche armamos un reventón en mi casa?

La Comandanta lo miró sorprendida.

-Pos órale, pero, ¿a quién quieres invitar?

- Yo pensé que podías pasar por mi cantón para echarnos un gallote. Además el Ricky me dejó una blanca Navidad para ti. Se pregunta porqué no has ido a verlo, dijo que tu karma se siente cada vez más lejana...

-Puta, bro, ese güey ya está más pasado que las rolas de los Bukis... Pero bueno, lo de la Navidad me parece excelente. Entonces qué onda, nomás tú y yo?

-No te hagas güey, morra, ya sabes que el Rolas sigue en mi cantón...

-Ah, sí, verdad? Y qué no lo podemos mandar a la verga aunque sea por un ratito?

-No.

-Entonces no voy.

-No seas mamona, morra. Nomás no lo peles. Además te juro que está más callado que nunca. Seguro que ni te va a preguntar gran cosa. Ya me harté de sus pendejadas. Desde que el Rolas se fue a vivir a mi casa, por orden tuya, no me puedo partir en dos para poder disfrutar de sus compañías, me entiendes? No es chido...

-Tienes razón. No deberían de ser así las cosas. Lo que pasa es que no lo he visto desde que me dijo lo que me dijo en el café. Por cierto, ¿ya te contó?

-Simón...

- ¿Y qué opinas?

-Me abstengo.

- Gracias por tu sinceridad- rió La Comandanta. No lo quería presionar. No era justo. El Bichos tenía razón. Tenían que acabar con ese teatro de una buena vez. Ella tendría que ir a casa del Bichos y hacer como que no pasaba nada. Nada. Nada.

-Tá' bueno, pues. Ahorita que te acabes el segundo plato nos vamos a tu cantón. Si quieres llegamos al Oxxo por unas caguamas, nos queda de pasada para tomar el camión.

-Avisa que no vas a llegar a dormir, creo que va para largo.

-Mientras comes le digo a mis jefes.

La Comandanta desapareció por unos minutos y regresó acomodándose los tenis.

-¿te los acabas de comprar?

-Simón, estaban bien baratos en San Juan de Dios. Parecen All Stars originales, a poco no?

-A güevo...

El Bichos lavó su plato en la cocina y miró con un gesto burlón a La Comandanta que discretamente se pintaba la famosa "rayita" en los ojos y se acomodaba los mechones de la frente. Quiso decirle por un momento que de cuándo a acá se arreglaba para ir a su casa, pero mejor se calló y le puso más jabón al estropajo.

Se fueron a la casa del Bichos como a eso de las ocho. La Comandanta había avisado que tal vez no llegaría a dormir. Nadie dijo nada.

En el camino llegaron al Oxxo a comprar cervezas de un litro, cigarros con y sin filtro, unas Sabritas para matar el posible hambre y una botella de Coca Cola para la pálida, por si acaso se llegaba a presentar tan desagradable situación.

Ninguno de los dos hablaba por el camino. La Comandanta sufría de taquicardia nerviosa, mientras que el Bichos sufría de exceso de concentración. A veces parecía que ambos encontraban en el silencio del otro más respuestas que si se hubieran hecho las preguntas. Se conectaban vía telepática, a lo que llamaban Mails-Mentales, tan jodidos en nuestros días.

En el camión iban dos Hare-Krishna vendiendo incienso con olor a violetas para la meditación y liberación del alma. La Comandanta observó cómo al Bichos le brillaban los ojos, admirado. Ella sabía que el Bichos, alguna vez, había deseado creer en algo más que no fuera la eterna salvación de la muerte. El Bichos era un "descreído", como se llamaba a sí mismo.

Hasta que se bajaron del camión entre Morelos y López Verdía, La Comandanta se dio cuenta de que estaba sudando. Sentía la blusa mojada y pegajosa. Siempre había tenido que comprar camisetas y blusas negras o blancas para que las manchas de sudor no resaltaran a primera vista. Muchas veces, en secreto, se había puesto Kleenex debajo de las axilas para contener la cantidad de agua que le expiraba del cuerpo. Algunas veces dio resultado, otras no. Esa noche se sentía incómoda; era un sentimiento parecido a cuando tenía su menstruación. Era una oscilación entre sentirse sexy y sentirse sucia. Nunca pudo descifrar cuál de los dos sentimientos era el más apropiado. Quiso buscar la confianza del Bichos y contarle lo de los Kleenex, pero esta vez, como muchas otras, se lo calló.

Llegaron a casa del Bichos diez minutos más tarde. Caminaron por las calles oscuras agarrados de las manos. La Comandanta era un ente cariñoso, dentro de todo. Muchas veces les habían preguntado si eran novios, a lo que ellos respondían a coro "no, nomás cogemos". Después se reían de su propia provocación y se olvidaban de hacerse la pregunta si alguna vez hubieran querido ser novios, amantes, pareja, cómo le quieran llamar. Ambos habían perdido la confianza en el mundo, en Dios y en la sociedad, también en el sistema político y

hasta en Superman, pero lo que sabían con certeza era el hecho de que eran amigos y eso importaba más que nada entre los dos.

Antes de meter la llave de su casa, el Bichos miró a La Comandanta a los ojos.

- Por favor, morra, no le vayas a hablar feo al Rolas. está ya rete jodido y me da miedo que le de un ataque de nervios por tu culpa. A veces eres bien culera.

- No te preocupes, si él me deja en paz yo también puedo hacer como que no existe.

- Que te conste...

El Bichos abrió la puerta. Rolando estaba sentado frente al televisor viendo lo que parecía una telenovela. Al escuchar abrirse la puerta apagó el aparato y volteó a verlos. La Comandanta dio el primer paso. Buscó su más grande indiferencia para reverenciar el reencuentro. Pudo contener la sonrisa, también pudo contenerse de bajar la mirada. Lo vio directamente a los ojos, sin rabia.

-Ana...

-Buenas, bro. ¿Qué haciendo?

- Nada importante. Estaba viendo la tele.- Miró contrariado, casi nervioso al Bichos que acababa de entrar a la casa y se disponía a quitarse la camisa. El Bichos tenía una pequeña debilidad por el exhibicionismo, sobre todo cuando se trataba de su torso. Muchas veces, La Comandanta le había dicho que se rasurara los pelos del pecho de una buena vez para que por lo menos se le pudiera untar un poco de aceite. El Bichos siempre se tapaba los pezones apenado y todos reían.

-Siéntate güey- dijo el Bichos con la boca llena de papas- aquí la Ana ya sabe dónde es su lugar.

La Comandanta tenía su esquina en la casa del Bichos. Era como una perra. En cada lugar tenía un rincón para estar. En la casa del Bichos era la silla de mimbre que alguna vez se habían robado de un camión de mudanzas cuando el chofer se

estaba comiendo unos tacos. Los dos habían corrido con la silla que pesaba poco pero era muy estorbosa y desde esa noche se había convertido en propiedad de La Comandanta. Se acomodó en su lugar sin mirar siquiera a Rolando que se acomedía con el Bichos a poner las cosas sobre la mesa que estaba en la salita.
Los dos entraron con las manos llenas de comida, bebida. Luego el Bichos trajo una bolsa llena de mota y un paquetito de cocaína para el pueblo. Rolando se mantenía callado. Sólo fumaba marihuana cuando estaba con ellos.
- No mames, pinche Bichos, ahora sí que te trajiste un chingo de coca de con el Ricky. Te volviste millonario, o qué?
- Nel, le dije que era para ti y me la regaló. Parece que ya me tiene confianza.
Rolando miró a La Comandanta sorprendido, pero prefirió callarse para no arruinar el ánimo de nadie. La Comandanta se ponía bastante explosiva cuando se metían con sus gustos.
El Bichos puso música. Siempre empezaban con la misma canción: "The House of the Rising Sun". Rolando no conocía sus rituales. Siempre estuvo afuera. Apenas estaba por aprender.
Mientras el Bichos forjaba un churro tamaño monstruo, La Comandanta analizaba el contenido de la pequeña bolsa de plástico con los dedos. Sacó con las yemas de los dedos índices de ambas manos el polvo blanco, los ojos extraviados, luego cerrados; abrió ligeramente los labios y se untó la cocaína en las encías. Rolando la miraba entre embelesado y desesperado. Hubiera querido preguntar el por qué, pero sabía que se burlarían de él, así que una vez más, se quedó callado.
La Comandanta formó una línea sobre la mesa y con un billete de veinte pesos sorbió el polvo en un segundo. Permaneció callada por un momento y luego, mirando al Bichos, pegó un gritito emocionado.
- Bro, esta vez el pinche Ricky sí consiguió coca de Colombia, no mames... está perra, pero buena.

-Cuidadito y se te pasa la mano, güey. A ver, dame esa madre. A partir de este momento me nombro tu más honesto administrador.

La Comandanta le dio la bolsa y se sentó de nuevo, ahora frente a Rolando. Sabía que estaba anonadado y que seguramente se estaría mordiendo la lengua para no hacer uno de sus comentarios para provocarla. La Comandanta disfrutaba del poder que le daba el ser ella quien lo dejaba con la boca abierta. La verdad es que quería molestarlo, darle a entender que ella hacía lo que le diera la gana, que era inútil su presencia.

Después de un rato, La Comandanta le dio una fumada al churro del Bichos y cerró los ojos.

- Échate una rola, morra. Ahorita traigo la guitarra.

- Cuál quieres, mi Bichos?

-Que decida Rolando.

Era la primera vez desde que llegaron que se iniciaba una plática de tres.

- La que quieras- dijo Rolando desganado.

-Esa canción no existe.

- Pues entonces, a ver... ¿qué tal ésa de Silvio Rodríguez que tanto te gusta?

- Nel, no estoy para depresiones. Mejor pongan otro disco y nos quitamos de pedos. De todos modos, no me gusta cantar cuando nadie me acompaña...

El Bichos no insistió. Sabía que era una de esas ocasiones en las que La Comandanta se sentía apenada de cantar en público, bueno, frente a Rolando.

Durante las primeras horas de la noche, hubo muchos momentos de incómodo silencio. En nada se parecía al silencio compartido de las noches en la azotea... Todo había cambiado.

-Dime una cosa, mi Bichos...- dijo de repente La Comandanta.

- Oigo y obedezco...

- Alguna vez has tenido ganas de matar a alguien en serio.

-Sí, un chingo de veces...

-A quién?- La Comandanta preguntó mirando a Rolando que había comenzado a golpearse nerviosamente la pierna con la mano derecha.

- Pos a mí... ah, una vez también a ti...

Ambos, Rolando y La Comandanta se quedaron mudos. Después del primer momento de shock, La Comandanta pudo volver a abrir la boca.

-A ver, a ver, ¿cómo está eso? Pues qué te hice?

- Nada. Fue el día que estábamos saliendo del bazar de la escuela y me dijiste que la neta te gustaría morirte pronto y que quisieras no morirte sola. Yo pensé en ese momento que si al cabo yo también me quería morir, pues nos podíamos morir juntos. Después me di cuenta de que era una pendejada. Fue un chiste.

Nadie respondió nada.

Esta vez Rolando rompió el silencio.

- He estado pensando que me he portado como un reverendo pendejo en cuanto a esta cuestión de la Lolis. Ayer me habló Miriam, la de la escuela, para decirme que la Lolis andaba con Jorge Loyola, se acuerdan? El güey de la camioneta blanca que siempre se estaciona en frente de la tiendita. Al parecer andan de la mano por la escuela y toda la cosa. A ver si el cabrón no la embaraza...

- Pos si es así, compadre, mejor para ti- dijo el Bichos tranquilo.- Imagínate que el cabrón embarazador hubieras sido tú...

La Comandanta seguía el casi-diálogo con aburrimiento.

- En serio, no mamen. Eso del mal de amores se me pasó casi a los tres días. Después me dolió más el hecho de haber sido tan pendejo como para haber pensado siquiera en todas las babosadas en que pensé. Pero ahora veo las cosas diferentes...

La Comandanta lo miró interesada. El Bichos echó humo por la boca en forma de bolitas, que a Rolando le parecieron largos culebrones de agua.

- No hay prisa de que te vayas, mi buen, si a eso te refieres...- dijo el Bichos.- al cabo que estando acompañado me siento menos pendejo. Por lo menos puedo hablar con personas reales.

Todos rieron.

- No, ya sé bro, gracias. La cosa es que tengo que empezar a cambiar las cosas.

La Comandanta estalló.

- No estés mamando, pinche Rolando. Estás hablando como si tuvieras que empezar de cero. No tiene que cambiar nada para que te sientas bien, sólo tienes que hacer algo con tu tiempo. Eso de estar frente a la tele todo el pinche día no te hace bien.

Todos callaron. La Comandanta se sintió mal por un momento de haber sido tan tosca. Se reacomodó en su esquina y miró hacia la pared. Cerró los ojos por un momento para descubrir que tras su párpados se escondían miles de moscas moradas que revoloteaban indecisas en todas direcciones. Sentía la sangre pesada correr por su venas. El pulso parecía detenerse, para luego imitar una melodía electrónica de mal gusto.

Estuvieron cada quien con sus moscas durante un rato. La Comandanta abrió los ojos hasta que el Bichos se levantó del sillón murmurando que se iba a ir a dormir porque tenía que estar en el taller temprano. les dijo que pondría el despertador a las 6, por si alguien tenía ganas de levantarse temprano. Ya se había perdido en el pasillo, cuando regresó apresurado. Le dio la mano a Rolando deseándole las buenas noches y luego se acercó a La Comandanta despacio. La miró un momento a los ojos y la besó en la mejilla.

La Comandanta pensó que había dejado de respirar por un momento. El Bichos no era el más cariñoso, y mucho menos cuando se verían en unas cuantas horas. El Bichos le dijo que podía dormir en su cuarto, si quería: “Nomás cáele”.

Rolando y La Comandanta se quedaron solos en medio del frío silencio, de las telarañas de las paredes y de las morusas de papitas que estaban regadas en el piso.

-5-

Rolando miró a La Comandanta de frente. Algunas veces se habían dicho mutuamente que verse a los ojos era la manera más grotesca de mentirse. Ambos entendían la lógica de su argumento.

Rolando prendió un cigarro (sólo quedaban Alitas, sin filtro...).

- He estado pensando...

- Ya dijiste que ya te dedicas a pensar de vez en cuando...

- Por favor, déjame hablar por una sola vez en tu vida. Y por favor, deja de ser tan sarcástica. Lo que te voy a decir es en serio: Pienso hacer un viaje. Todavía está en dudas si me puedo llevar el coche de mi tío o nada más me voy a ir de mochilazo. Lo más importante es que no le pienso decir a nadie el destino.

- ¿Cuándo lo decidiste? ¿Es por huir de Lolis?

- No, necesito tiempo para retomar las riendas de mi vida. No tengo ganas de despertar un día y pensar que me hice viejo y nunca hice nada loco. Pero todavía no termino... ¿Quieres venir conmigo? Nada más tú.

- Sí - La Comandanta respondió al instante. No lo pensó dos veces y eso era lo que importaba.

La Comandanta bajó la mirada. Se levantó y fue hacia la puerta.

- Lo mejor es que nos la echemos de camionazo. Yo ahorré una lana de mis trabajillos. Tenemos que ir primero a mi casa. Por allá están a punto de levantarse.

-Como usté diga, Mi Comandanta.- En la cara de Rolando se dibujó una sonrisa. La Comandanta no pudo saber si era de felicidad o de burla. ¿Estaba jugando?

¿Había ganado alguna apuesta? Qué más daba, las cartas estaban echadas y era hora de irse. ¿A dónde? No importaba.

Se fueron caminando a casa de La Comandanta. Cuando llegaron, las luces ya estaban prendidas en la sala y en la cocina. La Comandanta se fue a su cuarto y ordenó una mochila en un dos por tres. Se despidieron rápidamente y se fueron a tomar el camión que los llevara a la Central.

Ninguno de los dos hablaba. La gente en el camión iba medio dormida. Alguno que otro miraba por la ventana. No estaba haciendo ni calor ni frío.

Llegaron a la Central como a las siete de la mañana. La Comandanta había perdido el sueño y no se acordaba dónde. Se metieron a la primera terminal y se miraron a los ojos.

-¿A dónde vamos?- preguntó La Comandanta con los ojos puestos en el pizarrón con las salidas.

-No sé, ¿qué tal si nos damos una vuelta por un pueblillo?

-Chido, ¿qué te parece XXXXX?

-¿Lo conoces?

-No, pero es lo primero que está en la lista. Además, es lo más bara que hay...

-Sale, pues, vámonos a XXXXX.

Compraron un par de boletos y unas tortas de jamón sin queso para el camino. tenían hambre, tenían sed, tenían miedo...

El autobús estaba destartalado y un poco oloroso a cloro. Se sentaron hasta adelante y acomodaron sus mochilas en la parte superior de sus asientos. La Comandanta se puso un suéter, por eso de los aires acondicionados de los camiones que siempre acaban por ser mortales. Rolando no dejaba de sonreír. La Comandanta tenía mejor humor y hacía chistes de cualquier cosa. Cuando el autobús comenzó a andar, Rolando se dio vuelta hacia la ventana.

- Siempre pensé en hacer un tour por el mundo. Por lo pronto no tengo lana para irme a la India o algo por el estilo, pero ya siento ñáñaras en la panza de estarme llendo a "XXXXX" sin ninguna razón...

- ¿Por qué yo?- La Comandanta no pudo controlarse.

-Porque eres mi mejor amiga.

Trató de musitar un "ajá" sin que se notara la decepción. Se le irritaron los ojos. Habrá sido el aire acondicionado, culpable de todos los males.

La carretera a Ameca era un pedazo de tierra con hoyos a los lados. El autobús parecía desbaratarse a cada kilómetro. La Comandanta empezó a marearse. Rolando la miró desconcertado al notar su palidez.

- ¿Quieres un chicle?

-Simón.

-¿A poco te mareas con los camiones?

-Me mareo con cualquier cosa que se mueva.

Siguieron sin hablar. El conductor había prendido el radio y entre el ruido del autobús podía escucharse una melodía atribuible a Juan Gabriel. Rolando empezó a tararear la melodía. La Comandanta sonrió al pensar que el nene fresa de Rolando escuchara esa música.

Después de una hora de un casi-silencio, llegaron a XXXXX con las nucas frías y los cabellos erizados por la estática de los asientos. Se bajaron con mucho esfuerzo, pues la gente del autobús parecía tener tanta prisa que no los dejaba pasar. La plaza estaba llena de gente, de vendimias y puestos de juguetitos de plástico para niños pobres.

Rolando dijo que habría que buscarse dónde dormir. La Comandanta comenzó a sudar frío. No había pensado en dormir, y menos con Rolando.

Preguntaron en una tienda y la señora, no sin antes mirarlos de reojo y con muy mala gana, les dijo que en la contraesquina había un hotelito. Que era el único del

pueblo y que, lógicamente, era decente. Le dieron las gracias divertidos. Si había algo que ambos compartían, era provocar a la gente para después divertirse con el hecho de que siempre pensaran mal.

Cruzaron la calle con las mochilas en la mano. Rolando no había hecho el intento de llevar la mochila de La Comandanta. Ella pensaba que él pensaba que ella se sentiría ofendida por considerarla "débil". Pero la verdad era que La Comandanta hubiera deseado que se lo preguntara, nada más así, para hacerse el caballero.

El hotelito resultó ser una casa de dos pisos en los arcos de la plaza. La señora que los atendió preguntó por sus nombres y después por sus edades. Cuando les preguntó si querían un cuarto con dos camas, ambos respondieron que sí al unísono. Rolando sintió necesidad de explicarse con Doña Rosita.

- Somos medios hermanos, sabe. Misma madre, diferente padre, por ésos los apellidos diferentes.

- Ahh- Doña Rosita no les creía ni una palabra.- Y qué los trae por XXXXX. Aquí casi no vienen visitas.

-Venimos a ver a unos parientes...

-A lo mejor los conozco.

-No- dijo La Comandanta de repente- apenas se vinieron a vivir aquí.

-Bueno, pues les voy a dar el 22, es el cuarto que tiene balcón a la plaza. Por ahora no hay gente, así que no tengan pendiente de irse pronto. Por si les da hambre, aquí a la vuelta hay una fondita muy limpia que abre casi todo el día.

Pagaron por adelantado tres noches. Le dieron las gracias y subieron las escaleras. El cuarto era grande y algo húmedo. Las camas estaban cubiertas con sábanas blancas y en la esquina había un roperito desteñido y con flores moradas. En todo el cuarto había una sola lámpara. El baño estaba limpio y el agua de la regadera salía caliente. Un alivio para quien espera encontrar a los pueblos en estado retrógrado y prehistórico.

Rolando decidió bañarse antes de salir al pueblo. La Comandanta se sentó en la cama a comerse las uñas. La verdad es que estaba nerviosa y no sabía qué hacer con sus manos. Rolando se metió al baño quitándose la camisa. Una sola vez se volteó a mirar a La Comandanta, que desvió la mirada haciendo como que sacaba algo de su mochila. El agua de la regadera llegaba a sus oídos como lluvia de monzón. Le estaban sudando las manos. Tenía un ligero dolor de cabeza y sentía como si el estómago estuviera suicidándose en sus adentros. La Comandanta suspiró con los ojos cerrados. Estaba ahí sentada, en un cuarto de hotel en la mitad de un pueblo de Jalisco en el que no tenía nada que buscar y peor que nada, acompañada de Rolando. Sonrió pensando en la gravitación terrestre: todo cambia, se digo; todo gira.

Rolando abrió la puerta del baño, sacándola de sus pensamientos. Llevaba la toalla envuelta en la cintura y el torso descubierto.

La Comandanta pensó que parecía una escena de una película de tema Road-Trip, de esas en las que algún sherif anda persiguiendo a un par de novatos del crimen.

-¿Y ahora?- Rolando se secaba el pelo con la segunda toalla.- ¿te vas a bañar o mejor vamos a comer primero?

La Comandanta sintió el reto en el tono de la pregunta. Sabía que se le había marcado una máscara rojiza en el rostro al ver salir a Rolando del baño, pero también podía ser la furia de haberse dejado llevar por el momento y de haber aceptado a hacer un viaje sin rumbo fijo con la persona que más odiaba en su vida. Recapacitó un momento y sacó su toalla de la mochila. Deliberadamente dejó caer un paquete de tampones sobre la cama al mismo tiempo.

-La pinche carga de ser mujer.

Rolando musitó un "ajá" exagerado y La Comandanta se arrepintió de tal cobardía.

Se metió al baño y se desvistió rápidamente, como si la estuvieran apurando. Dejó caer el agua en la espalda y cerró los ojos. Pensó en el sentimiento tan extraño que la invadía. Se sentía como fuera de control. Se le había quitado su pose de macho por un momento. Se sentía desvalida y con miedo de sentir...

La cortina de la regadera estaba cerrada, pero era blanca... Rolando abrió la puerta sin tocar, balbuciendo algo de sus calcetines. Por un momento, La Comandanta contuvo la respiración, pero Rolando cerró la puerta tras de sí sin decir palabra.

-Rolas?

-Mande

-Tú crees en el destino?

-Simón.

La puerta permaneció cerrada, así como los ojos de La Comandanta bajo el agua caliente. El espejo se había empañado. Se puso el pantalón y una playerita de tirantes. por un momento se olvidó de su acostumbrado ritual de taparse casi hasta las orejas. Salió del baño, para encontrar a un Rolando sentado en la cama, con los ojos fijos en la puerta del baño. Ahí estaba de nuevo: Ese silencio que lo decía todo.

-Qué chingados me ves?

Rolando sonrió divertido.

-Porqué siempre te da por ponerte tan agresiva, eh?

-Así soy, ya te lo he dicho muchas veces. Además me ves con cara de que nunca me habías visto...

-Nunca te había visto con tan poca ropa, eso que ni qué.

Se sintió desnuda. En realidad le hubiera gustado darle un golpe, pero no lo hizo.

-Vamos a comer, no? Se me antojan unos tamalitos.

-Órale, nomás deja me pongo algo encima.

***

Mi cuerpo... Qué puedo decir de mi cuerpo? Siempre pensé en mi cuerpo como un pedazo de desastre compacto, parte de la materia terrenal. Me cagan mis caderas, me han cagado toda mi vida... Y mis ojos, parecen ojos de pajarito sin comer en una semana... pero bueno. Esa vez, cuando el Rolando estaba sentado en la cama, fue la primera vez que le tuve miedo a mi cuerpo. No niego que me cayó en el hígado que me estuviera esperando con la mirada plantada en mis tetas (que aquí entre nos no están de mal ver), pero sobre todo porque sentí ese pinche colorcito de indiferencia en su mirada. me veía como si estuviera viendo a la lámpara o al ropero. Ni cuando hizo su comentario de la poca ropa que llevaba puesta le brillaron los ojitos al muy pendejo... Pero por otra parte, qué me importa a mí los ojos con los que me veía... No niego que había momentos en los que me daban ganas de dejarlo solo, de largarme y mandarlo de una buena vez por todas a la mismísima chingada, pero luego, a quién iba yo a odiar. Veámoslo así: era una relación de interdependencia consagrada, de odio puro, de razón de ser... Yo también creía en el destino y en esos momentos, mi destino era odiarlo hasta el fin del mundo...
A lo mejor también tuve ganas de que me dijera algo que concretizara el momento. Creo que todo el tiempo esperaba las palabras mágicas que me dieran por lo menos la dirección que tomarían las cosas. No quería dar ningún paso; no quería ordenar mi vida a su antojo. Quería estar a la defensiva y seguir odiándolo, para no llegar a quererlo.

-6-

La comida estaba buena. La grasita de las enchiladas revuelta con la crema se escurría por los cubiertos. Las servilletas sucias estaban por llenar la mesa. Rolando pidió una cerveza. La miró un segundo, interrogativo.
-A mí no me late la chela, güey. Sabe a madres.

-No sabes lo que es bueno. Además de que mejor no me eches mentiras, si bien que tomas chela...

-Nomás cuando no hay de otra.

-Bueno, de lo que te pierdes.

La señora con el mandil de rosas verdes se les acercó con una cerveza en la mano. Les sonrió con malicia y le preguntó a La Comandanta si ella quería también una cerveza. Ante la mirada divertida de Rolando, La Comandanta dijo que no y dio las gracias.

De alguna manera empezaba a sentirse molesta. Le molestaba el ruido de las llantas chocando contra las piedras, el olor a grasa de la fonda, el ruido de los dientes de Rolando al golpear el cristal de la botella, pero más le molestaba el eterno silencio que los rodeaba. Era un silencio muy diferente al que tenía con el Bichos. Cuando el Bichos y ella callaban, era para pensar en conjunto sobre las cosas importantes (o menos importantes) de la vida. El silencio con Rolando, estaba lleno de inseguridad, de falta de tacto, de angustia. Si no hablaban, tenían la sensación de que no tenían qué decirse y eso, era algo realmente triste. Cuando se pasaban las cosas, o cuando miraban hacia la calle, el silencio se acompañaba de frases cortas, llenas de absurdo. El silencio era de ambos y a la vez de ninguno de los dos. Si La Comandanta callaba, era porque no podía pensar en nada que pudiera decirle a Rolando. Rolando por su parte callaba por no buscar pleito. Y es que nunca habían aprendido a hablar en serio. Sus conversaciones estaban llenas de sarcasmo, de provocación, de jugueteo...Hasta ahora.

- Ana?

-Mande?- La Comandanta tenía la mirada fija en un punto más allá del fondo de la plaza, donde un grupo de rancheros arriaba a un grupos de vacas escuálidas igual que ellos.

- Por qué nunca me has presentado a tus novios?

-Cuáles?- La mirada había vuelto al punto de partida. Clavados en los ojos de Rolando, La Comandanta prohibía a los suyos mezclarse con el color turbio de sus pupilas. Las cejas encorvadas, llenas de resentimiento, comenzaron a doblarse hacia la esquina derecha. Sentía cómo las uñas se le iban convirtiendo en garras y la piel se le empezaba a erizar. Por un momento supo que se le estaba subiendo la adrenalina, no era nada nuevo con Rolando, él la ponía más agresiva que cualquier cocaína que le hubiera caído alguna vez en las manos.

-No me vengas con el cuento de que nunca has tenido novio...

-Y si te digo que no, qué?

-Bueno, entonces táchame de chismoso, no importa...pero, cambiando la pregunta: por qué nunca tienes novio?

-Para qué?- lo miró directamente, sincera. Esta vez no había dudado en responder con tanta indiferencia.

-Todo el mundo anda quedando con alguien. Es parte de la onda!

-A mí no me ha llegado "la onda".

-Pero sí has tenido tus escapaditas...

-Sí, eso sí, pero tú lo sabes mejor que nadie, así que no te hagas pendejo.

Rolando había cometido un grave error y se había dado cuenta demasiado tarde. Por una milésima de segundo se había olvidado de sus encuentros en la oscuridad, del sabor de su boca, de los pleitos mortales por la suerte de los "días siguientes". La Comandanta lo miraba entristecida, aunque tratara de ocultarlo. Ambos sabían que estaban llegando a un *point of no return*, como dicen en las películas gringas.

-Perdón, no quería mostrar tan poco tacto.

-No hay de qué disculparse, no es nada nuevo entre tú y yo todo este desmadre alrededor del "te acuerdas?". Pero dime, a qué viene la pregunta?

-Se me ocurrió que hace muchos años que te conozco y no sé nada de tus, ya sabes...

-Sentimientos?

-Sí.

-Lo que pasa es que todavía no acabas de agarrar la onda. A mí no me importa lo que hace la demás gente. Yo tengo mis propias reglas, mis propios principios. Lo que para unos es sentimiento, para mí es pendejada. Lo que para otros es una locura, para mí es el éxtasis...

-Alguna vez te has enamorado de neta?

-No.

-Nunca?

-No. Nunca. En los últimos años me daban loqueras con determinados tipos. Casi siempre se trataba de tipos de los que nadie, ni yo, hubiera pensado que iban a quedar conmigo. Al final de cuentas nos dábamos un arrumaco, nos veíamos bonito y luego, zás, venía el gran día en que descubríamos que yo era demasiado "cuate" como para andar besuquéandose conmigo en las esquinas. Como tú, por ejemplo.

-Yo nunca dije eso.

-Pero lo pensaste y eso basta. Cuándo te pregunté por qué yo, me dijiste que era tu mejor amiga, no? Es lo mismo. No hay que darle vueltas. Pero así es la onda, mi onda. Cuántas mujeres se pueden jactar de estar rodeadas de los morros más codiciados de la ciudad natal y saberles todos los secretos? Cuántas los han visto encuerados y saben que lo que tratan de vender es casi incomprable de lo chiquito que es?

-Supongo que no muchas. Pero yo siempre pensé...

La Comandanta soltó una carcajada que seguramente pudo escucharse hasta los portales.

-Sabes qué, Rolando Contreras, eres, a fin de cuentas, igualito a toda la sarta de gente pendeja que me rodea. Yo pensé que en ti la mota había tenido buenos efectos. Que te había vuelto más cool. Pero creo que me equivoqué...pero eso no importa, es costumbre. No.

Rolando bajó la cabeza.

-No qué?

-Yo no ando repartiendo tetas por el mundo. No es mi onda. Yo creo en el amor petrarquista.

-A ver, a ver, ésa sí no me la sé.

-Simón. Para mí, el amor más puro es el que no se encuentra en esta tierra. El amor más chingón es el que es inalcanzable. Cuando el amor toca tierra, se rompe cualquier encanto.

-Y qué hay del sexo?

-No sé, nunca me lo han presentado.

-Nunca???? Yo pensé...

-Pues pensaste muy mal. Si hubieras puesto más atención en las tertulias motíferas de los compas te hubieras dado cuenta de que muchos de los BROS me echan carrilla de que escribo los poemas más eróticos, con los que cualquiera de ellos se metería mano... siendo virgen.

-Ah, cabrón...

-Por qué? Estoy otra vez en tu gracia?

-A mí esas cosas no me importan. Sólo que en ti me parece una cosa realmente contradictoria.

La Comandanta se sintió por primera vez interesada en una opinión al respecto.

-A ver?

-Bueno, yo nunca he tenido el gusto de leer nada de lo que escribes, a no ser por las cosas que leíste alguna vez en clases, pero todo el aire que dejas a tu paso

tiene una huella eroticona, no sé cómo explicarlo. Es como si nadie mejor que tú supiera lo que es *eso*.

-Lo que pasa es que lo sé. Lo sé porque tengo imaginación. Y si te digo la verdad, mi imaginación alcanza límites que para ti ya serían perversiones.

-Y lo del amor inalcanzable?

-Esas son mamadas en las que creo y que no existen en esta tierra. El mundo en que vivimos se hizo para la decadencia. Para vivir y gozar de las perversidades de la autodestrucción.

-A veces me dejas sin palabras, mi Comandanta.

-A mí me sorprende lo poco que has llegado a conocerme hasta ahora.

-Puedo hacerte otra pregunta?

-Dale.

-Alguna vez me quisiste?

La Comandanta desvió la mirada y pidió la cuenta. Todavía no había llegado el momento. Todavía no.

***

Alguna vez te odié tanto... te odiaba sobre todo cuando me invadía la certeza de que te quería. Te quería para mí, para integrarte en mi organismo y alimentarte de mi sangre. Te guardaba en mis secretos, en mis silencios y te deseaba las buenas noches antes de dormir...Cada noche... Luego soñaba que te perdía, y te iba perdiendo como cuando sentía que me ahogaba, que me faltaba el aire: entonces te odiaba aún más. Te odié cuando supe que nunca podría vivir sin ti, pero más aún cuando supe que jamás podría vivir contigo. Nuestras dimensiones son paralelas, no tienen un punto de encuentro. Estamos destinados a no-ser y a dejar de ser lo que nunca fuimos cuando nos llegue la hora de encontrarnos. Y por eso, te odio aún más.

Una noche, no sé si te acuerdas, estábamos sentados frente a frente sin ganas de hablar. Fue el momento en que sentí amor por primera vez y a la vez sentí odio: odio de la luna que te había robado, de la noche que te tocaba con sus manos frías y te hacía temblar. Odio de la lluvia que colmaba tus labios y tus manos, odio de tus manos que estaban tan lejos de mí. Ese día pude habértelo dicho todo. Pude haberte llamado a gritos y decirte que te amaba...Pero el silencio cubrió todos las notas que pudieran haber salido de mi garganta. El silencio, nuestro ritual: el silencio que se convirtió en odio con el paso del tiempo. Odio que nunca dejará de atormentarme, de recordarme a cada día que nunca hemos dejado de ser....

-7-

Se levantaron de la mesa sin decir nada. Con un gesto se despidieron de la señora con el mandil de rosas verdes. La Comandanta no había respondido a la pregunta de Rolando, ni pensaba hacerlo.

La tarde se había cubierto de colores irreales. Los amarillos se manchaban de azul y rosa. El aire estaba un tanto frío y oloroso a puercos. La placita empezaba a llenarse de muchachos y muchachas con ánimo de fiesta. Las señoras de los puestos de fritangas empezaban a destapar sus ollas para atrapar a los pasantes con los olores del antojo.

La Comandanta se detuvo frente a una banca y tomó asiento sin mirar a Rolando. Rolando se paró a su lado, con la mirada errabunda en los colores de la gente, en sus gestos y miradas.

- A lo mejor alguien nos dice lo que se hace en estos lugares cuando llega la noche, no?- dijo Rolando con la mirada perdida.

-¿Qué se va a hacer? Yo creo que tiene que haber alguna cantina donde se puede ir uno a echar sus tragos, no?

-Pero donde seguramente no entran mujeres, Ana.

-Ay, no mames. No creo que con estas fachas a alguien le vaya a dar la sensación de que está en presencia de las damas. Además, yo puedo chupar tequila igual que cualquiera de estos cabrones sombrerudos que se creen tan machos.
-Sí, pero no te creas, no tengo ganas de emborracharme... Mejor hay que tratar de conseguir mota, o qué?
-Simón, pero luego, dónde nos la vamos a fumar?
-Pues en el campo, maestra, para eso venimos aquí, no?
-Ah, sí?
-Sí.
-Dale, pues. Hay que preguntarle a alguno de esos morros. Los que están sentados junto a los floreros. Se ven más malandros y no andan sombrerudos. Seguro que ellos saben dónde.
Como Rolando no había hecho el intento de moverse, La Comandanta se levantó rápidamente y se metió las manos en las bolsas de su pantalón. Las botas le quedaban un tanto grandes y parecía que arrastraba los pies. Se acercó al grupo cautelosamente, con un cigarro sin prender en la mano. Un buen pretexto para iniciar la conversación, pensó.
-Buenas- les sonrió despreocupadamente, sin voltear hacia Rolando que seguramente vigilaba la acción desde su lugar.
-Buenas- un muchacho de unos 18 años le respondió con la misma sonrisa con que La Comandanta los había sorprendido.
-Venía a ver si traen encendedor o cerillos para prender mi cigarrito.
Uno de los tres, el que parecía más alto, se levantó de prisa buscando en sus bolsillos. Sacó un encendedor de plástico, entre "rosita y moradito" y se apresuró a encender el cigarro de La Comandanta.

-Gracias, mi buen. Qué onda, qué haciendo?- A La Comandanta nunca le pareció difícil entablar conversaciones. A eso se dedicaba. Hablaba con la gente de cualquier cosa, en cualquier tono y decidía después si valía la pena repetirlo o no.

-Aquí nomás... Aburriéndonos- El tipo que la había saludado al principio parecía ser el lidercito del grupo. Los otros dos no decían palabra y siempre sonreían cuando éste hablaba. Parecían salidos de una película. Los tres traían pantalones de mezclilla, una playera guanga y con letreros de marcas gringas. Llevaban tenis de marca y por si fuera poco una cachucha con quién sabe qué equipos de Béisbol gringos.

-Y tú, no eres de aquí.

-Nel, vine a pasar unos días con un compa para despejarnos de la ciudad un rato.

-Órale... Es el güey que está sentado allá?- señaló a Rolando, el cual se levantó inmediatamente para acercarse al grupo y enterarse de lo que estaban hablando.

-De hecho- dijo La Comandanta poniéndose en cuclillas- nos estábamos preguntando lo que hace la gente en la noche, ya saben, para relajarse...

-No, pos no mucho. Aquí en Ameca no hay mucho que hacer. Hay unos cuantos lugares donde se puede jugar o cosas así, pero algo así como una disco no hay.

Rolando se había acercado. La Comandanta lo miró divertida, sin levantarse.

-A todo esto- dijo el Simpaticón- me llamo Rodolfo, pero me dicen el Garfio. Este es Fede y este otro Paco. Todos somos de aquí.

-Pues mucho gusto, muchachos. Yo soy Ana, y aquí el Rolando me dice La Comandanta cuando se siente regañado.

Se dieron las manos.

El que se llamaba Fede parecía el payaso del pueblo. Se reía de todo y por cualquier cosa. Parecía no poder aguantarse las ganas de integrarse en la conversación. Por fin, ya no pudo contenerse.

-Y ustedes qué, andan de luna de miel?- Al comentario le siguió tremendo codazo por parte del Garfio que intentó disculparse por su compañero.
-No te apures- dijo La Comandanta divertida ante tal teatro- No, nomás somos amigos. Lo que pasa es la ciudad nos tenía hasta la madre y pensamos que por aquí nos podríamos echar un descansito. Además, más vale sola que mal acompañada, no?
Puta, pensó para sí La Comandanta. Porqué no se podía aguantar de hacer sus comentarios que no venían al caso. Rolando se había pintado la sonrisa más falsa que pudiera existir, ésa que dice "ay, tan simpática la muchachita" y que significa "me debes una, cabrona". Lo que más odiaba de La Comandanta era su manera de poner en ridículo a cuanto la rodeara. Ya fuera objeto, sujeto o hasta a sí misma. A veces no era de aguantarse. Pero se quedó callado porque no le parecía nada prudente empezar un pleito casi matrimonial en frente de gente que acababan de conocer.
Después de un rato de hacer preguntas y dar respuestas, los muchachos, sin haber tenido que preguntar, los invitaron a dar una vuelta por el campo con la camioneta. Ellos conocían un lugar donde estaba "verde el valle". Cuando el Garfio pronunció las palabras que parecían mágicas, cerró el ojo, por lo que entendieron el mensaje. La Comandanta se le colgó del brazo al Garfio en son de joda y, sobre todo, para joder a Rolando, que parecía harto de las preguntas de Fede.

-8-

Rolando miraba hacia fuera por la ventana de la camioneta. Había empezado a hacer frío y tenían que llevarla cerrada. La Comandanta hablaba sin parar con el Garfio, quien iba manejando, contándole de Dios y medio mundo.

Llegaron a un lote sin cultivar en las afueras del pueblo. El pasto estaba seco y lleno de alimañas de todas las especies. A Rolando se le revolvió el estómago. Si había algo a lo que le tenía pánico era a los bichos. De chiquito, sus pesadillas consistían en soñar que un millón de hormigas le comían los ojos. Casi no hablaba, había metido las manos en las bolsas y hacía rato que había dejado de observar a La Comandanta, no muy convencido de que su interés por el Garfio fuera plenamente "profesional".

El Garfio les señaló una cabaña al lado derecho del lote. Parecía una casita de cuento. Tenía una veranda, un techo plano y parecía que iba a caerse en cuando soplara el lobo...

La Comandanta pensó en que la cabaña le recordaba a un test psicológico que le había enseñado una maestra suya hacía algunos años; trató de recordar cómo se había imaginado ella la cabaña, que en el test representaba el "como te ves a ti mismo". Le produjo risa pensar que en realidad era lo más parecido a lo que aquella vez ella había dibujado en su mente.

El Garfio le interrumpió los pensamientos.

-Esta es la casa de la Amapola.

-De la quién?- Rolando no pudo reprimir una risita al hacer la pregunta.

-Así le decimos a esta amiga nuestra. Vive aquí desde hace unos años. Se dice que es gavacha, pero nadie sabe bien de dónde es. Aquí le decimos la Amapola porque le sirve a Dios y a medio mundo.

La Comandanta lo miró, sin entender.

-O sea- explicó el Garfio- Dicen que le gusta darle pan a los hambrientos, pues...

Rolando y La Comandanta se miraron y soltaron una carcajada.

-Menos mal,- dijo Rolando riéndose- a eso en la ciudad le dicen "parador".

-Si bien te va- dijo La Comandanta en complicidad con Rolando.

-Puede ser- dijo el Garfio muy serio- pero aquí se lo decimos con respeto. En realidad se llama Camelia, como la de la canción, pero lo de Amapola se oye más bonito. Al fin y al cabo es nombre de flor, qué no?

El Garfio se rascó la cabeza y siguió caminando. Rolando y La Comandanta lo siguieron echándose miradas furtivas, de curiosidad.

Fede tocó la puerta tres veces, mientras el famoso Paco chiflaba lo que parecía una señal.

La puerta se abrió y una voz de mujer les dijo que entraran.

La Comandanta se sorprendió al ver a la Amapola. No había podido imaginarse a una mujer, "de cuyo origen no me acuerdo", viviendo sola a mitad de un lote seco y en una cabaña tan destartalada. Pero la Amapola que descubrió estaba lejos de cualquier cosa que pudiera haber llegado a imaginarse. En la cara de Rolando miró la misma consternación y la misma sorpresa.

La Amapola estaba sentada en un equipal con una taza de café en las manos. Tendría alrededor de 25 años. Sus cabellos rizados le caían hasta los hombros y un tirante le colgaba del hombro izquierdo. Tenía los ojos de un marrón incierto, que en la oscuridad hasta parecía rojo. Tenía la nariz pequeña y en sus labios se dibujaba una sonrisa entre inocente y maliciosa.

La Comandanta notó como cambió la expresión de Rolando. Hasta sintió su estremecimiento. Miro al Garfio de reojo, que parecía tener el semblante de quien estuviera en frente de la Virgen.

La Amapola los miró curiosa. Se acomodó en el equipal subiendo las piernas en el asiento. Dejó la taza de café en el piso y les regaló una sonrisa.

-Hola Garfio, muchachos...Me trajiste visitas?

-Cómo siempre tan chula, mi Amapolita. Me acabo de encontrar a estos amigos allá en la plaza- miró a Rolando y a La Comandanta de reojo- los pobres andan

perdidos buscando algo que hacer en este pinche pueblo, cómo ves? Yo les dije que si querían algo para relajarse, pos que viniéramos a verte... Verdad que sí?

La Comandanta sintió la necesidad de salir del anonimato. Nunca le había gustado ser el comprador de mota sin nombre.

-Mucho gusto. Este es el Rolas y yo por mi parte...

- La Comandanta- la interrumpió Rolando- ella es La Comandanta.

-Amapola, Camelia, Dealer, a sus órdenes. Así que andan buscando yerba. Pues llegaron a buen cuartel. Ahí atrás tengo un guato bastante respetable... Lo quieren para llevar.

-No- dijo Rolando.

-Sí-dijo La Comandanta.

Todos se miraron y se echaron a reír.

-No...Es que- trató de explicase La Comandanta- estamos encuartelados en un "hotel decente" y no creo que nos podamos poner a fumar nuestros churritos, sin que nos manden a la tira luego, luego, pero por eso queríamos ir a un campillo donde podamos estar a gusto.

-Pues yo no tengo nada en contra de compartir un churrito con ustedes. El Garfio sabe muy bien lo poco que vienen visitas a los que se les pueda sacar sopa interesante. La gente de aquí nos tiene aburridos.

Rolando parecía haberse extraviado del todo en la mirada de la Amapola. La Comandanta lo había notado y le empezaban a sudar las manos. La Amapola se levantó lentamente y desapreció un instante en lo que parecía una despensa mal planeada. Regresó a los pocos instantes trayendo consigo un puñito de marihuana.

El Garfio sacó unas papeletas de su cartera y se puso a forjar con lo que le había dado la Amapola. Rolando y La Comandanta se sentaron en el piso, siguiendo el

ejemplo de Fede y Paco que se aventaban el uno al otro en un juego infantil que sólo ellos entendían.

La Amapola se sentó junto a Rolando en el piso y cruzó los brazos.

La Comandanta rompió el silencio.

-Hace mucho que vives aquí, sola?

-Más o menos, llegué hace como 8 años. Entonces estaba más chavita y vivía aquí con mi tío, pero luego se lo cargaron y me quedé sola. De él heredé el negocio. Pero mejor cuéntenme de ustedes, y díganme: a quién carajos se le ocurre llegar a este culo olvidado del mundo?

-Venimos a curarle los males de amores a éste- dijo La Comandanta en un tono sarcástico, a sabiendas de que acababa de traicionar a Rolando de la manera más ruin. Quería herirlo, quería burlarse de él, quería confirmar su debilidad y su estupidez. Pero su coraje no encontró reacción, pues ni la Amapola, ni los muchachos se perturbaron ante la respuesta.

Rolando la miro intensamente; más con tristeza que con rabia. Pensaba en lo bajo que podía llegar a caer La Comandanta cuando le salían sus instintos. Eran esos momentos cuando a Rolando le volvía a la memoria porque nunca podría llegar a amar a esa mujer que destrozaba todo lo que se ponía en sus manos.

La Amapola los miró seriamente; se había dado cuenta del silencio helado que se había abierto entre ellos. Parecía entender sin preguntas los reproches de la una y las heridas del otro.

-Pruébenla- les pasó el churro chueco que había forjado el Garfio, quien ya se había recostado en el piso y había cerrado los ojos para disfrutar el avionazo.

Todos fumaron en silencio. Con el humo de la marihuana, La Comandanta fue expirando sus ironías y fue inhalando la culpa. No debió haber desnudado a Rolando frente a unos extraños, no debió haberlo traicionado a la primera, sólo

para ganarse la simpatía de una mujer a la que nunca había visto y que parecía hipnotizarla con cada pestañeo.

Fede tuvo que levantarse tambaleando, pálido como un puñado de cal, se dirigió hacia la veranda desde la cual vomitó los 13 tacos de bistec que se había comido en la plaza. Paco se paró para agarrado de los cabellos, evitando así que su carnal vomitara sus pantalones. El Garfio parecía no darse por enterado. Canturreaba una canción ranchera, como si nadie lo escuchara.

Rolando, que no estaba acostumbrado a fumar mucho, se había quedado dormido en el piso. La Comandanta pensaba en que parecía un gusanito recién caído de una hoja. Hecho bolita, con las manos apretadas en las ingles y la boca abierta, como pidiendo agua.

-Ha de tener frío- le dijo la Amapola a La Comandanta, sonriendo.- Voy a traerle una cobija.



Si hubiera sabido aquella noche los límites que alcanzaría mi odio...por Dios que me habría dado la vuelta para dejarte ahí nada más, para no mirar atrás... Después de tantos años de no saber qué hacer con estos momentos de ironía, en los que te siento en mis entrañas, fluyendo en mi sangre, quisiera haberte olvidado y no haber vuelto jamás a ti... Seguramente que te culpo de todo, de todo lo que soy, sobre todo. Si hubiera podido abandonarte en alguno de esos instantes místicos, en los que el destino te dice al oído que es el momento indicado, tal vez hubiera llegado a poder vivir sin ti.

Ahora que recuerdo mis noches en vela, el sonido de tus dientes rechinando en la oscuridad, tus balbuceos de niño mientras dormías, me pregunto si el amor-odio que te tengo podrá morir algún día...aún cuando todo lo demás haya muerto.

Supongo que es la incógnita de mi vida... La incógnita que me dejará muerta en vida...

-9-

La Amapola era todo lo contrario a una muchacha de pueblo. Era una machorra, como se dice de las mujeres que parecen llevar más testosterona y tener más güevos de los que pueden llegar a tener muchos hombres. Hablaba de la vida como sie la hubiera vivido más de 100 veces, en un sinfín de reencarnaciones. Sus preguntas eran de una sicología barata, pero intensa, que provocaba sinceridad más que reconocimiento.

La Comandanta se rindió en un instante... con las manos en el piso, llenas de tierra, se empezó a llenar de palabras que parecían escapársele de cada poro. El silencio preciado la iba abandonando poco a poco. La Amapola la estaba probando, y la Comandanta lo sabía, pero había dejado de importarle. Rolando seguía enrollado, tapado hasta el cuello en un sueño profundo, quizá lleno ya de profecías y desilusiones, tal vez en ese momento todavía soñando con la aventura de la vida...

- Estará bien dormido este muchacho? – La Amapola prendió un cigarro y señaló a Rolando con la mirada. – Yo no confió en el sueño de nadie. Algún rincón del cerebro siempre escucha lo que no debe.

- No te preocupes – dijo La Comandanta, francamente entristecida, resignada – éste sí de duerme de verdad. Mañana no se va a acordar de nada. Así como nunca se acuerda de quién es, ni de lo que susurra cuando está despierto...

-¿Qué haces aquí entonces?

La pregunta llegó hasta los huesos. La Comandanta sabía que no tendría una respuesta a una pregunta que se hacía día con día. Se quedó callada y levantó los hombros, sonriendo a medias con un "ya ves" entrecortado.

- Dijiste que vino a curarse de amores... amores de antes?

- Amores de ratos. Rolando es un enamoradizo. Se la pasa regalándole el alma a las viejas más pendejas. Es su propia culpa el llegar a sufrir tanto cuando lo despachan. Lo sabe desde un principio. Yo creo que lo que más le gusta es saborear el "mal de amor".

La Amapola frunció el ceño. Sacudió la ceniza del cigarro, que estaba a punto de caerse y miró a La Comandanta de frente, intrigada.

- Yo creo que vino a espantarse los fantasmas que lo andan rondando. Se trajo el cuerpo del delito para sacarse el dolor de una vez. Se le ve a leguas...

- No es lo que piensas. No pierdas el tiempo intuyendo amores inexistentes. Ya he perdido yo el tiempo suficiente en esas babosadas. No hay como reconocer una verdad que nos la escupen en la cara.

- Te han dado duro, verdad?

- Sí y no. Digamos que no hay peor verdugo que uno mismo. Yo no pienso en ilusiones. No existen. La realidad tiene que ser realidad siempre. Así se evitan los desengaños.

La Amapola rió secamente. Se limpió el tabaco de los dientes con el dedo meñique.

- Entonces eres tú la que viene a curarse de espantos. Yo sabía que alguien aquí los traía a cuestas.

- No es lo que tú crees.

- Por ahí me dicen que soy bruja, pero puede ser que me equivoque. Ahora mejor vámonos a dormir. Voy a despertar al Garfio para que los regrese al pueblo, o ¿prefieren quedarse aquí?

- No, por nosotros no te apures. Ahorita despierto a este cabrón y nos regresamos caminando. No hay pierde.

- Como quieras...

La Comandanta pensó por un segundo haber descubierto un destello de decepción en los ojos de La Amapola. El embrujo parecía no haber tenido efecto. La Comandanta se había sacudido el momento de reconocerse y había decidido permanecer en la mentira.

La Comandanta trató en vano de despertar a Rolando. Tenía ganas de golpearlo para que enderezara el espinazo y saliera a recibir la noche como estaba planeado. Se rindió a los pocos minutos, a sabiendas de que no tenía caso. Los párpados le empezaban a pesar y más aún las ganas de escapar de La Amapola, que parecía poseer mañas ocultas para no dormir jamás. Sin decir nada, La Amapola se levantó de su equipal y le tendió la mano. La Comandanta asintió y se dejó guiar por la mano amiga hasta lo que parecía un catre viejo, que era nada más un pedazo de madera con una colchoneta.

- Te puedes quedar aquí. Tienes suerte de ser la última en quedarte dormida... Los demás que se queden donde cayeron. Yo por mi parte me voy a dormir a la veranda. No soporto el calor.

-¿Calor? ¿Cuál calor? Afuera está helando.

- Yo siempre tengo ese calor de las almas en pena... el que han de sentir las almas del Purgatorio tan cerquita del infierno.

La Comandanta asintió. Sabía de lo que estaba hablando. Ella también, muchas noches, había dormido en la azotea, morando hacía las calles desiertas, existiendo por segundos en una metáfora alegórica de Pedro Páramo, sentado en la veranda esperando la llegada de la muerte.

***

No me queda mucho por decir... nunca tuve que pronunciar palabras de aliento, ni para ti ni para mí, miserables perdedores, al parecer. Te odio tanto...

Lunas ancestrales nos han venido a llamar tantas veces y tú y yo hemos sido incapaces de sentir nuestros destinos. Nunca fuimos víctimas. Nos hemos hecho todo esto a nosotros mismos. No hay por qué culpar a la vida. No seas cobarde. Es ya muy tarde.... La noche ha sido noche porque escogimos la oscuridad para ser escenario de nuestras existencias. Escogimos el silencio y la desdicha ante cualquier ilusión pasajera. Siempre estuvimos de acuerdo aunque creamos lo contrario. Algún día nos pudimos dar cuenta, pero tanto tú como yo nos quedamos callados. No dijimos nada... C'est la vie! Dilemas pasajeros del detestable Dasein.

-10-

Cuando La Comandanta despertó por la mañana, el lugar estaba solo. Parecía abandonado... Fede, Paco y el Garfio se habían ido. En algún momento creyó haber escuchado el ruido de la camioneta. Instintivamente miró hacia el rincón donde había estado Rolando, ahora vacío. Con pánico se levantó a buscarlo, con la punzada en el estómago de un presentimiento de pérdida.

Después de dos pasos, tres mechones acomodados y unas ganas de orinar reprimidas, La Comandanta escuchó la voz de La Amapola en la veranda. Falsa, destructiva y por demás conocida, la risilla de Rolando llenaba de amargura la mañana.

- .... y por eso le dicen el Garfio. Es bien tarugo el pobre, pero tiene buen corazón y es muy fiel.

La Comandanta se quedó recargada contra la pared. Quedito, se deslizó hasta sentarse en le piso, con la cabeza recargada en la pared polvorienta, escuchando...

- Te tiene mucho respeto, verdad?

- No es meramente respeto, es amor.

- Amor, amor?

- Sí, por eso la fidelidad. En el fondo, el Garfio me quiere desde que tiene uso de memoria...

-¿Te lo ha dicho?

- No necesita, yo lo sé.

La Comandanta rió para sí misma. ¡Qué certeza! Como si amar fuera tan obvio, tan absoluto...

La Amapola pareció darle un sorbo a su café, para entonces continuar con su derroche de sabiduría de pueblo.

- Es un trato silencioso. Yo no tengo nada en contra de que me visite. A veces hasta me parece que lo extraño cuando no viene. Pero también sabe que nunca va a tenerme. Yo no soy de nadie.

- Nunca?

- Nunca. Siempre. Palabras absolutistas. No me gustan. Lo que fue alguna vez deja de importar tan pronto termina. Nada más nos quedan los recuerdos y casi siempre se convierten en falsas intuiciones, idealizaciones de momentos que no volverán a repetirse para comprobarse como falsos. Por eso parece conveniente vivir de recuerdos.

- Hablas como si hubieras perdido a alguien.

- He perdido a mucha gente, pero nunca he sentido las pérdidas. No me gustan las despedidas largas, ni tampoco las promesas de reencuentro. Lo que tuve entre mis manos algún día no volverá nunca...

- Murió?

La Amapola soltó una carcajada amarga, de ésas que van cargadas de una tristeza profunda, indescriptibles y, por lo tanto, que producen escalofríos.

- No. Se lo llevó el viento de la sierra. Se esfumó, se lo habrá cargado la chingada, yo que sé. Ahora ni siquiera me acuerdo de su rostro, con el tiempo me fueron abandonando sus olores, sus sabores... me fui llenando de sus recuerdos y me los

acomodé a mi conveniencia. Por eso prefiero no entrar en detalles. Seguramente te llenaría de mentiras que he ido llamando verdades. Pero tú me dejaste intrigada anoche. La Comandanta dijo que habías venido a curarte del mal de amores. ¿Por qué venir a la cuna de la amargura a sacarte las espinas del corazón?

- No sé. Tenía ansias de escapar. Ahora ya no estoy tan seguro de haber sentido amor alguna vez.

Directo a la espina dorsal. La Comandanta cerró los ojos para evitar reírse. Hipócrita, malnacido.

- Parece que tu amiga no está muy convencida de eso... dijo que te gusta saborear el "mal de amor"

- La Comandanta es una víbora cuando quiere. Me conoce demasiado bien como para saber que no estuve enamorado, pero le gusta darme el avión para luego retacarme sus propias verdades. Es un juego de enseñanzas. Creo que nunca se nos va a quitar. Nos gusta darnos en la madre para no vaciarnos el alma.

- Pues más vale entonces que se vayan pronto de aquí, porque por ahí dicen mientras más se respira el polvo de la sierra, más se le va resecando a uno el alma. Se le va cuarteando a uno como los caminos secos de estos rumbos.

La Comandanta no se aguantó más. No tenía ganas de compartir miserias emocionales, poco racionales y por demás absurdas... No tenía ganas de reconocer el odio, el lazo que compartía con Rolando. Antes de que llegaran las palabras, La Comandanta salió a la veranda.

- Buenas – Rolando la miró divertido.

- Ya acabaste de criticarme?

- No te estaba criticando... estabas oyendo, verdad?

- No, pero ya te conozco.

La Amapola le dio otro sorbo a su café, perdiendo la mirada en el horizonte. La Comandanta imaginó por un segundo, cómo el alma de La Amapola se llenaba de baches y fisuras de tanto polvo y olvido de la sierra.

Se despidieron de La Amapola sin muchas palabras. Dieron las gracias y se fueron alejando con lentitud, con el sol en la cara y la mañana por delante. La Comandanta se dio vuelta, buscando con la mirada la choza destartalada; encontró tan solo el campo abierto. Rolando y La Comandanta nunca volvieron a mencionar a La Amapola.

***

Cuando miro hacia atrás, ahora al borde de una incertidumbre aún más palpable que la que rigió mi vida, mantengo mi esperanza de llegar a lavarte del cerebro... He empezado de nuevo a hablar de ti... No me parece sorprendente que aún te guarde lágrimas. Me despojaste de toda entraña, cabrón de mierda. Eso no te lo voy a perdonar jamás. Seguramente se me secarán los ojos pronto pero me quedarán manos para sacarte los tuyos y quedármelos como recuerdo... ¿Cuál es el destino del odio que te tengo? Se consumirá quizá con mi último aliento... quizá me quedará tatuado en los huesos... No lo sé. No hay peor tarea que vivir olvidando; olvidando que sigues siendo el centro de mi razón, de mi amor, de mi odio y de vida. ¿Cómo hacer para que me dejen de llover los recuerdos? ¿Cómo hacer para que me cargue la chingada y dejarte atrás... atrás de todo y de nada?

Cuando recuerdo el polvo rojo de la sierra, me acuerdo también de los indicios de tus barbas malcrecidas, desgraciado. Te juro que intenté con todos los medio posibles de sacarte, de arrancarte de mi carne y nunca pude. Te envolví en humo, te inhalé y te saqué en bocanadas lentas, aros... Me tienes hasta la madre. Pero aún así, no puedo vivir sin ti.

-11-

La Comandanta y Rolando sólo regresaron a Ameca a recoger sus cosas. Sin hablar, se subieron al primer camión que se encontraron para ir en dirección de una dimensión menos angustiante.

Arriba del camión, La Comandanta rompió el silencio:

- Menos mal que nos fuimos de ahí. Me acordé de Comala...

- No me digas... a ti todo te parece muerto – sonrió con malicia, dándole un empujoncito de "compas". La paz sea contigo.

- A dónde dices que va el camión?

- Dijeron que recorre los ranchitos de por aquí. Pensé que podíamos jugar a los aventureros y a ver si encontramos dónde dormir.

Se bajaron del camión dos horas más tarde, en lo que parecía ser una ranchería llamada "El Pelón". La parada estaba llena de bolsas de papas Sabritas y polvo de muchos rumbos; los remolinos de la carretera levantaban la masa de inmigrantes con furia, mientras La Comandanta se secaba el sudor de la frente. Rolando prendió un cigarro y miró con curiosidad el camino de terracería que tenían por delante.

- Vámonos moviendo Rolas, aquí está duro el sol.

Echaron un vistazo a la carretera y fueron siguiendo a sus propias sombras, distorsionadas tan sólo por los baches en el pavimento.

Llegaron a las orillas de lo que parecía ser una laguna. Había una casita a unos 40 metros de distancia. Rolando dejó caer la mochila bajo un guamúchil seco y se dirigió a la casa..

La Comandanta se volvió a secar el sudor de la frente, mientras pensaba en la locura de los acontecimientos. No podía explicarse lo que estaba haciendo ahí, siguiendo a Rolando por caminos que no llevaban a ningún lado. Reconocía las

estructuras de los caminos andados en su propia vida: ir por caminos que no llevan a ningún lado, sentir cosas que tampoco llevan a ningún lado. Qué caso tiene...pensaba, no había nada mejor que hacer.

Rolando regresó a los pocos minutos con una botella de agua y unas tortillas.

- La señora de aquí me vendió unas tortillas y una botella con agua hervida. Dice que nomás viene aquí a hacer la limpieza dos o tres veces por semana. La casa es de uno de sus hijos que anda en Estados Unidos y que viene aquí de vez en cuando a sacudir el polvo. Tuvimos suerte de que ella estuviera aquí. Nos va a rentar la casa... por unos días. Dice que su hijo le da permiso de rentar la casa de vez en cuando para ganarse unos pesos extras. Le dije que se nos había descompuesto el coche.

- Y cuando vamos a poder entrar?

- Me dijo que "ahorita nomás que terminara" nos iba a dar la llave. Cuando vi la casa después del camino de terracería pensé que estaba en un alucín del calor que estaba haciendo, pero bueno, al parecer allá arriba nos tienen consideración. - La Comandanta sonrió a medias. Las casas que aparecen de repente le estaban pareciendo una casualidad sumamente extraña, pero preferible eso a no saber a dónde ir a parar.

Se sentaron uno al lado del otro bajo el guamúchil a mirar el agua del laguillo, que ya de tan cerca parecía más bien un charco gigante. El color marrón de agua no parecía invitar a nadar, pero ambos sabían que era el polvo de la sierra lo que enrojecía hasta el viento.

Rolando se quitó la camina, los zapatos y los pantalones. Miró a La Comandanta de reojo y se dejó ir al agua como un amfibio al que se le empieza a secar la piel. La Comandanta no pudo contener la risa a ver a Rolando elevarse de entre las aguas rojas.

- Ven, nos seas payasa. La Doña me dijo que no hay agua caliente, pero la casa tiene baño con regadera, para quitarnos el asco después.

La Comandanta pensó primero en negarse, pero hubiera sido un acto de cobardía. Se sacó primero las botas y los calcetines, luego los pantalones tiesos. Menos mal que siempre traía una camiseta debajo de la playera... Se le había echo costumbre después de darse cuenta que el busto comenzaba a verse demasiado... Además, para su buena suerte, traía, como siempre, sus boxers. Hacía muchos años que solamente usaba ropa interior de hombre para que no se le salieran los rollitos con los resortes obsoletos de las tangas comunes.

Rolando la miraba divertido, pegando brincos en el agua como niño en un chapoteadero. La Comandanta se lanzó al agua y por un momento, no pensó en nada de lo que la venía atormentando desde hace años.

- El agua está medio caliente, pero se aguanta. Pareces perro mojado.- Rolando se rió al mirar a La Comandanta que acababa de sacar la cabeza del agua.

- Pues sí, yo más bien te hubiera confundido con uno de esos renacuajos que nacen en las aguas negras.

Ambos rieron y, manteniendo siempre una distancia constante, juguetearon en el agua rojiza un buen rato.

La señora, Doña Eduviges, salió de la casa alrededor de las 6 de la tarde, encontrándolos bajo el guamúchil, en ropa interior enrojecida por el agua. Estaban comiéndose las tortillas secas y estaban ya requemados del sol.

- Ah qué muchachos éstos, mira nomás. Irse a meter así nomás al charco este. A ver si no les agarra la roña...- Doña Eduviges se rió con sus dientes amarillos y miró la cajetilla de cigarros en el suelo. – Me da uno?

Rolando levantó la cajetilla consternado ofreciéndole un cigarro.

- Gracias, casi nunca fumo, nomás cuando tomo con mis amigas, pero después de verlos aquí tan a gusto se me antojó...- le dio una fumada para después sacar el

humo por la nariz, La Comandanta sonrió. Doña Eduviges se sentó con ellos y empezó a esculcar su bolsa de plástico. – Le tengo que hablar a mijo pa que me recoja. Me compró este condenado celular ahora que vino del Norte, de allá de con su hermano. Dijo que para poder encontrarme más pronto, pero yo más bien creo que para traerme en chinga. Lo bueno es que le hablo y viene y me recoge de aquí para llevarme a la casa. A su mujer no le parece, pero pues qué le va a hacer. Soy su madre y yo mando hasta que me muera.

Rolando y La Comandanta se miraron divertidos, mientras Doña Eduviges se concentraba en el celular morado que tenía entre sus manos, picando minuciosamente los botoncitos iluminados.

- Sí, mijo. Sí, ya acabé. Orita vienes? Ah, oye aquí se van quedar unos muchachos a dormir en la casa de Martín. Pérame, sí orita. – Doña Eduviges, tapando lo que sería lo bocina del celular, los miró apresurada.- Miren, aquí no va a ver qué comprar, así que le puedo decir a mijo que llegue a la tienda a comprarles unas cosas. Rolando, sin consultar a La Comandanta le pidió un par de cosas: Cigarros, frijoles enlatados, tortillas de harina, queso, shampoo de bolsita, café instantáneo y unas cervezas. Doña Eduviges pasó la lista a su hijo, agregando por su cuenta lo que parecía, en sus ojos, haber olvidado Rolando: papel de baño, unas botanas y pan de bolsita.

El hijo de Doña Eduviges, Macario, era un hombre alto, de finas facciones y un tremendo bigote. Llevaba los pantalones demasiado apretados y las botas cortaban la tierra a su paso. Bajó las bolsas de la camioneta y saludando con un monosílabo, tomó a su madre del brazo y se alejó. Doña Eduviges miró hacia atrás para seguirlos viendo, mientras Macario le sacaba el cigarro de la boca para apagarlo con la punta de la bota en la tierra.

La Comandanta miró cómo se alejaba la camioneta en la carretera. Fue hasta el momento en el que Rolando empezó a recoger las cosas para llevarlas a la casita, cuando le llegó el reconocimiento de que estaba sola con Rolando.

Dejaron las cosas en la cocina. La casa no tenía muchos cuartos, pero era, por dentro más grande, que de lo que se veía por fuera. Había dos recámaras, un baño con regadera y una sala con muebles casi nuevos. La Comandanta se metió a bañar primero. El agua estaba fría, pero aún hacía un calor endemoniado ahora que habían bajado de las montañas y estaban en medio del llano. Lavó su ropa mientras se bañaba, para tener un cambio limpio para el día siguiente. Había una toalla limpia, con la que secó el cuerpo en uno de esos rituales cotidianos tan personales y tan extraños para otras percepciones: primero se secó el pelo, luego las pernas y los brazos; la espalda y el área púbica al final.

Salió ya vestida del baño. Rolando estaba en el piso, seguramente por no ensuciar el mueble, con una cerveza en la mano. Sin decir nada, al ver salir a La Comandanta, se metió al baño.

La Comandanta lo escuchaba tararear en la ducha, con un ritmo combinado de agua corriendo en un desagüe demasiado grande. Por alguna razón incomprensible, y casi en un acto inconsciente, La Comandanta se llevó la cerveza de Rolando a los labios, más por el hecho de que su saliva aún estaba fresca en el cuello de la botella, que por las ganas de tomar cerveza.

Rolando salió del baño con los pantalones puestos, aún mojado el pecho, el pelo escurriendo agua.

La Comandanta, apenada, notó que se había dejado la única toalla disponible en el pelo, y sin decir nada, se la pasó a Rolando.

Se sentaron en el sillón frente a frente. Primero mordisqueando las botanas y luego dando sorbos lentos y artificiales a la cerveza.

- Sabrá Dios qué ande haciendo el Bichos.- La Comandanta no aguantaba más el silencio.

- Sabe. Seguramente andará en las nubes como siempre.

- Sí, pero se ha de sentir bien solo, ahora que no estamos ahí para hacerle el paro. No sé porqué no se te ocurrió decirle nada...

- No sé. Sí lo pensé. Le tengo mucho cariño a ese cabrón, pero la neta es que tenía ganas de andar solo.

- Solo? Qué tan solo andas si vengo yo contigo?

- Ya ves, hay compañías que se comparan con la soledad. Cuando estoy contigo casi siempre me haces estar conmigo mismo, por eso es como si estuviera solo.

- A ver, eso estuvo interesante, muy filosófico.

- Mira Comandanta, no tengo ganas de empezar a pelearme contigo o a jugar a los dimes y diretes. Déjanos, por una vez en tu vida, hablar en serio, no mames.

- Sobres pues...pero luego no te quejes de que te digo tus verdades.

***

Las verdades que dije, mi buen... tantas verdades y tantas mentiras. Me cae que ni tú te enteraste... Tu tonito filosófico, cuando se trataba de ponerte serio para metrme por el culo tu sabiduría de pacotilla. ¿De qué me sirvió? Te llené de soledad, así como tú me llenaste de miseria. Estamos a mano, hermano. Ahorita que estoy borracha, tratando de eternizar un testimonio de nuestras realidades, me cae que todavía siento coraje. Si te tuviera enfrente, te rompería la cara... A lo mejor el Bichos me hubiera entendido y hasta me hubiera dejado, pero el pobre Bichos, siendo tan bueno, hubiera tenido mal de conciencia. Me desquicia pensar que aún ahora, después de tanto tiempo, me alimentes las pesadillas. Todavía me llenas de noches en las que quiero apagar estrellas para que me llegue la oscuridad que me regalaste. Todavía siento tu ausencia hasta en el pinche momento en que pretendo que nunca exististe... Salud, mi brody, mi lover, mi vida.

-12-

- ¿Cuánto tiempo hace desde que estuvimos así de solos la última vez?
La Comandanta se quedó pensativa. No se acordaba. Tal vez era la primera vez que estaban solos de verdad.
- Se me hace que nunca habíamos estado a solas tanto rato. Con eso de que no te aguanto más de unas horas al mes...
Rolando ignoró la broma y le tomó la palabra, como si hubiera atrapado un zancudo, de esos que molestan toda la noche...
- ¿Por qué no me aguantas?
- Ay, pinche Rolas, no seas enfadoso. Te estoy jodiendo nomás. - La Comandanta bajó la mirada: era una mentira. – Además, parece que la quinta chela se te está subiendo demás.
- No le hace, tenemos muchas, no necesito que me las cuentes. No me cambies el tema. Siempre cambias de tema cuando la cosa se pone seria y llega el momento de que confieses cosas. Así no se vale.
- No tengo nada que confesar. Yo siempre suelto la neta cuando puedo y ya me conoces, por eso dices que estar conmigo es como estar contigo mismo: por que yo pronuncio lo que piensas y evades.
- Sí y no. A veces pienso que nos parecemos tanto que es como mirarme en un espejo. A veces estoy seguro de que sentimos y pensamos lo mismo. Hasta que las cosas que decimos en ciertas situaciones, son para esconder los mismos miedos que nos persiguen.
La Comandanta se quedó callada por un instante. Prendió dos cigarros. Uno se lo dio a Rolando.
- Chance - murmuró La Comandanta mientras sacaba el humo por la boca y por la nariz al mismo tiempo – A lo mejor por eso seguimos siendo compas, qué no?

- Sí, pero también por eso nos viene saliendo mal a ti y a mí en estos tiempos.

- No te has cansado de buscarle razones a tus males en los demás, güey? No te has puesto a pensar que a lo mejor es tu propio cerebro el que no te deja ser lo que quieres?

- Lo que pasa es que tengo la ligera sospecha de que no se puede.

- ¿No se puede qué?

- Ser lo que uno quiere, cuando uno nomás es una mitad de algo más grande. La plenitud no se encuentra hasta que la mitad ha sido añadida para llevar a cabo la realización final.

- No me lo vas a creer, pero yo pienso lo mismo. Yo no creo en esas chingaderas de la media naranja y su puta madre. Pero sí creo que el ser humano está incompleto en el alma. Va por el mundo buscando la parte de alma que le falta para ser sí mismo.

- ¿Te falta algo, Comandanta? ¿O ya estás completa?

La Comandanta lo miró entristecida. Una pregunta que estaba por demás, tan obvia, tan cansante y aún así irreversible.

- Sí, estoy incompleta. Pero se me hace que yo soy una de esas almas en pena que van a seguir buscando hasta después de la muerte por la paz interior.

- Lo peor es que te gusta...

- No me gusta, pero me cansa la idea de buscarle solución al asunto. No me encuentro porque no quiero, a eso te refieres?

- Pues chance... Te puedo ser sincero? Siempre ha habido algo que me tiene intrigado de ti.

- Suéltala. - La Comandanta sabía que estaban llegando al punto de sinceridad que puede arrasar con toda pared concebida como protección del fondo más íntimo. Los músculos comenzaban a relajarse. Parecía de repente que no tenía caso mentir. Para qué? Tenía que reconocer que tenía miedo de cualquier

pregunta. Pero más miedo de una pregunta, para la que tendría que encontrar respuesta en lo más profundo de su esencia.

Rolando parecía pensar su pregunta, re-pensarla, masticarla...

- ¿Por qué te cuesta tanto trabajo ser quien eres? ¿Por qué ese problema de identidad que te cargas?

La Comandanta suspiró por un momento. Pensó primero, como siempre, en negarse a responder la pregunta, pero ahora, por una razón cósmica, los pretextos se le habías difuminado de las cortezas cerebrales. Sería la cerveza.

- No tengo problemas de identidad porque ni siquiera tengo una. No sé muy bien a lo que te refieres... Me gusta ser quien soy porque me doy el lujo de crearme cuando quiero. Me gusta ser lo que quiero ser en el momento en que lo estoy siendo....

- ... por no ser quien realmente eres – Rolando estaba evidentemente triste.

- A quién le importa!? No te estoy hablando de una actuación para darle gusto a alguien. Me doy gusto a mí misma. Eso es todo.

- No es gusto, Ana. Es miedo.

La Comandanta guardó la palabra miedo por unos instantes. Respirando cada letra y exhalando la angustia ante el enfrentamiento. Estaba en el umbral de un reconocimiento siniestro, casi inaguantable. Vulnerabilidad. ¿Miedo? Era aquel término lo que le provocaba tan de repente esos ataques de insolencia, de agresión... las ganas de huir. ¿A dónde? Huir de sí misma, del sentimiento de desnudez ante su propio espejo. La sinceridad empezaba a abrumarla; a llenar el aire de una fatalidad incomprensible. La Comandanta buscaba el silencio que habían llegado a crear ella y Rolando durante tanto tiempo. ¿Para qué hablar? Buscaba la manera de deshacer, de revocar, de callar. No encontró el pretexto. Encontró más preguntas; podría continuar haciendo interminable la sesión de

preguntas y respuestas... Prefería escuchar a expresar su derrota, su intolerable y desnuda realidad. Lástima que Rolando le leyera los pensamientos...

- ¿De qué tienes miedo, Comandanta?

La Comandanta, con los ojos llenos de despecho, prendió otro cigarro... Lo miró con tristeza a la cara, para después vaciar sus pulmones en un alarido mudo, tan sólo lleno de aire.

- ... de que me interpreten... de que me construyan y destruyan a voluntad... de que me conviertan y reivindiquen sin razón... de que me comprometan a un papel que no me pertenece... de que me identifiquen para exigir después el rol que me adjudican... de perder la libertad de ser...de amar... de sentir, tal vez de todo...quizá de nada.

- Aunque no lo creas, te entiendo... No, neta. No me mires así... para qué te vendería mentiras en un momento como éste... Yo también tengo miedo de lo mismo, pero lamentablemente a un nivel aún más vil: yo estoy hecho de apariencias, mi Comandanta. Nunca aprendí a ser yo mismo. Me lo prohibí pronto. Ha sido fácil dejar que los demás me interpreten, me nombren y me describan. Me evitan la pena de la autorreflexión. Jugar papeles en las telenovelas de los demás siempre a sido mi fuerte. No te rías, estoy hablando en serio. Me gusta que los demás me conviertan en villano, en pendejo, en galán, en perro, si quieres... no me importa mucho, mientras que otros marquen la pauta de mis pasos y me indiquen la dirección a seguir. Nunca me he tomado la molestia en desmentir a nadie cuando se trata de "Rolando es...". A veces llego a suplicar que lo digan, para encontrar de nuevo mi punto de partida, mi centro y mi origen. ¿Quién soy para ti, Comandanta? ¿Por qué me odias tanto?

- No mames, Rolas... no te odio... bueno, a veces...a veces no.

- ¿Quién soy para ti, Comandanta?

- Eres un fantasma Rolando. Eres un hijo de la chingada, pero no es insulto... te faltan güevos para llegar a ser lo que quisieras. Cuando te sale lo filosófico, también parece que estás en un papel de telenovelas. No te queda. Hablar tanta mierda, cuando en realidad no sabes seguir tus propias palabras! No buscas nada! – se levantó abruptamente, temblando de rabia, con el cigarro casi calcinado entre los dientes rechinando. Ni siquiera se percató de que estaba gritando. - ¿Para qué me haces decirte todo esto, cabrón? ¿A qué estás jugando? Dime, ¿qué chingados tienes en el cerebro que me escoges a mí para hacerla de tu siquiatra? Ya me cansé de seguirte la corriente. Ya me cansé de ser tu espejo. Me enferma que me hagas sentir que soy nada más tu reflejo. No me ves, pendejo? Soy de carne y hueso! Me buscas y me tiras a tu antojo... y sabes qué es lo peor? Que no me importa, que algo siempre me convence y ahí sigo... haciéndola de tu conciencia cada vez que me necesitas. Ya es hora de que aprendas a ser hombre, Rolando. Aprende con una chingada a sufrir solo.

Rolando estaba trémulo, los ojos enrojecidos, las manos inestables. También se había levantado y ahora le daba la espalda a La Comandanta. Se percató del silencio hasta unos momentos más tarde, cuando La Comandanta ya había cruzado la puerta y se había sentado en el escaloncillo del umbral. En un estado natural de las cosas entre los dos, hubiera sido el ritual de siempre: los gritos, los reproches como preámbulo de besos insaciables, confundidos, llenos de rabias internas, de ésas que no dejan dormir. Las palabras se perderían en la saliva compartida, en las comisuras de los labios, en las mordidas... Los gritos se perderían en los gemidos reprimidos, en el abrir y cerrar de ojos, en la pesadez de las pasiones revueltas. Los reproches se convertirían en resignadas caricias de dos lenguas envueltas de represión violenta. Sería fácil deshacerse otra vez, por un momento, de la volatilidad del odio...

Pero estaban ya tan lejos de la naturalidad que los protegía. Estaban lejos de la protección que llegaba a ser la huída de alguno de los dos, cuando había saciado sus ganas de reprimir el llanto. Ahora el llanto los había vencido. No había habido necesidad de reprimirlo. Las lágrimas estaban ahí, llenándoles los ojos distanciados, perdidos, cada par, en un infinito diferente.

***

Me duele la cabeza. Me duele de tanto pensar en lo que nos dijimos tantas veces. Yo creo que fue en esos días en la sierra en los que me di cuenta de lo estúpida que puede llegar a ser. Tanto tiempo traté de convencerse de que la neta, neta, yo no quería a ese cabrón cerca. El Bichos siempre tuvo razón, pero nunca le hice caso. Lo bueno es que no me he convencido aún de que me arrepiento de no haberle hecho caso. Quizá me llegue el reconocimiento algún día... De veritas que me esforcé a no querer al Rolando. Lo juro por ésta. Pero eso de tener hormonas femeninas no ayuda a ser completamente desentendido de los sentimientos. Malparida la hora en que mis genes me dieron ovarios y con ellos glándulas para producir estrógeno! malparida la hora en que estoy llorando todavía en esta cantina del infierno, echándome unos tequilas a tu salud, Rolando Contreras.

Algunos vatos que me conocen de antes me dicen que si sigo así me va a cargar la chingada, pero yo sigo siendo sincera y nomás les digo que a mí, La Sagrada Chingada, ya me llevó hace un chingamadral de tiempo.

-13-

- Mira, Rolando - La Comandanta seguía sentada en el umbral, se había secado las lágrimas a escondidas y trataba desesperadamente de parecer tranquila – por una vez, vamos dejándonos de pendejadas y comportémonos como gente

normal, no crees? Venimos aquí a relajarnos, no a mentarnos la madre. No puede ser que siempre acabemos mal cuando tratamos de hablar en serio, no crees?
La Comandanta se levantó despacio, entrando de nuevo a la casa, mientras Rolando seguía en el mismo lugar, inmóvil. También él se había limpiado las lágrimas a escondidas. La Comandanta se sentó de nuevo en el sillón y abrió una cerveza. Rolando dibujó una sonrisa y lentamente se sentó al lado de La Comandanta. La tensión parecía conectarlos había disminuido; solamente eran los sopores del cuerpo por el calor de la noche... no necesitaban mirarse para saber que estaban cerca.
- Hace un tiempo – dijo Rolando quitándole a La Comandanta el cigarro de la boca para darle una fumada – estuve en una fiesta de la Lolis y todo el mundo se puso bien estúpido. No me acuerdo si es que el Bichos había traído mota de un compa que estuvo en Oaxaca o algo así. La cosa, mi Comandanta, es que era una mota roja, te lo juro por ésta! Roja, fuerte la condenada, pero buena. El Bichos se la pasó diciendo que parecía peyote.
- Sí me acuerdo, antes de irse a la fiesta, el Bichitos me trajo un guato y se fumó un churrito conmigo. Luego se fue bien sentido porque no lo quise acompañar a la fiesta...
- Sí, yo le pregunté y me dijo que andabas en tus días. Pero luego lo hice enojar y se fue antes de...
- ¿Al Bichos? – lo interrumpió incrédula - ¿Cómo le hiciste para hacerlo enojar? El Bichos tiene escudo, mi buen, ese güey nunca se enoja, por eso le tengo mucha ley. Me aguanta en las malas como nadie.
- Pues... no te vayas a enojar otra vez, que conste que me preguntaste, sobres? – Rolando titubeó un segundo – Le pregunté si alguna vez ustedes dos habían cogido...
La Comandanta soltó una carcajada.

- Ay Rolandito, serás pendejo...

- Sí, eso fue lo que me dijo el Bichos. Pero no quita que me dejó con la duda.

- ¿Qué te importa?

- No pues, es curiosidad...

- Pues no seas curioso.

Rolando la miró sorprendido. En aquel momento se había hecho un reproche por haber creído que el Bichos y La Comandanta habían roto la ley del compa: no cogerás en nombre de la soledad impuesta. Pero ninguno lo negaba! Por qué no le decían? Rolando empezó a sentir cómo el corazón no paraba de dar brincos y el estómago se le retorcía en un ataque de... celos. Pensó en seguir preguntando, para sacarse la duda, para volver a creer, pero tuvo miedo... La Comandanta era audaz en cuanto se trataba de imponer barreras impenetrables. Si no quería hablar de algo, lo único que se sacaría Rolando, sería una nariz rota. Nada más.

- Bueno, de todas maneras, a lo que iba con la fiesta de la Lolis... era que nos pusimos bien estúpidos. te juro, la Lolis estuvo guacareando como tres horas. El Bichos todavía fue buena onda y le agarró las greñas, para que no se le salpicaran... luego se fue y yo me quedé. Al rato llegaron Arturo y su calaña. El Arturo andaba bien caliente y yo creo que se quería coger a la Lolis – pero eso no viene al caso...

- Pérate, pérate... pero que no La Lolis ya era tu vieja en ese tiempo?

- No, fue después de ese día que fui a hacerle un paro a limpiar el desmadre que dejaron Arturito y sus perros... La cosa es que La Rizos... - ¿te acuerdas de una morra medio babosa que diario anda tras el Arturo?

- Ah... sí, la mendiga perra se clavó un guato del Bichos una vez en otra fiesta. Esa fulana está más dañada que el pobre cerebro del Bichitos.

- Sí, pues La Rizos andaba bien juida y cuando notó que todos estaban bien idiotas, se puso a jugar con nosotros a las "Verdades y Mentiras". Pues a mí me

pareció divertido, sobre todo porque siendo todos los presentes tan imbéciles, daba risa oirlos diciendo tarugada y media. Tú te hubieras muerto de risa. Yo después de un rato, pensé que hubiera valido la pena jugarlo con alguien que valiera la pena... que se lo tomara en serio.... me hubiera gustado jugarlo contigo... – Rolando se empezó a comer la uñas. Hasta en eso se parecían! Se les empezaba a llenar la panza de angustias y se tragaban las uñas para llenar el vacío.

- Pues, déjame ver en mi agenda cuándo tengo tiempo, eh?- La Comandanta se estaba riendo. Retadora, lo miró despacito. – Como que ahorita no tenemos nada mejor que hacer. ¿De qué se trata el jueguito entonces?

- Ah, pues mira machita, uno se tiene que poner en medio y el "lector" lee una palabra, que casi siempre es un concepto -

- Mira güey, si se trata de uno de esos confesionarios malparidos, no tengo ganas...

- No, espérate – Rolando parecía emocionado – se dice el concepto y el que está en medio – el "espécimen" tiene que hacer dos afirmaciones. Una verdad y una mentira. Pero no se sabe cuál es cuál. Eso lo deben de adivinar los demás – los "profilers". El "espécimen" no dice quien tiene la razón, sino se espera a que todos digan sus suposiciones y se cuentan los puntos. Después, el "lector" lee el perfil de la persona, según lo que respondió la mayoría. O sea, se cuentan las verdades... ¿Si me entiendes?

- Chance... - La Comandanta estaba tentada...

- Mira, como nomás somos nosotros dos y lo del voto pierde el suspenso, vamos jugándolo paralelo. Definimos juntos los conceptos y cada quien piensa su verdad y su mentira... Luego, podemos hacer el perfil el uno del otro! Pero que conste, vamos siendo bien sinceros.

- Dale con la sinceridad... no mames, mi Rolas, se nota que te cuesta ser sincero.

- Lo decía por ti, no por mí...

***

Pobrecito Rolando. Déjenme llorar, pues, con un demonio. Yo, La Comandanta, lo ordeno. Si me dan ganas de berrear, pues muy mis güevos. Pobrecito Rolando.

-14-

La Comandanta y Rolando se decidieron, no sin muchas discusiones de por medio, por los conceptos "malparidos" - como los llamara La Comandanta cada vez que Rolando había hecho una propuesta que sabía que la llevaría a un camino de Herodes: o te chingas o te jodes – o los conceptos "peligrosos", como los llamara Rolando cuando se daba cuenta de que se trataban de fuego que los iba a quemar como el mismísimo infierno- a fin de cuentas, lo que importa es que se decidieron a echar sus cartas de verdades y mentiras con los siguientes conceptos:

SUEÑO
PELÍCULA
CANCIÓN
MEJOR AMIGO
AMOR
ODIO
MUERTE
SEXO
SUFRIMIENTO
VIOLENCIA
DROGAS

EL BICHOS

LA COMANDANTA

ROLANDO

VIDA

De alguna manera, se daban cuenta de que no dejaban de ser niños. Les gustaba adentrarse en medidas extremas de convicción propia y ajena. Necesitaban una razón para definirse? Ahí estaba la posibilidad: Darle las palabras al otro para que los moldeara, como una escultura de palabras. Buscaron términos comunes a ambos, abstractos y físicos, trascendentales y sobre todo, términos que les permitieran escupirse a la cara, llenarse de besos, derramar sangre a su antojo. En el velo de un juego inocente, la vulnerabilidad parecía desvanecerse.

Se separaron para pensar sus verdades y mentiras a fondo, con la noche por delante. Cada quién con su hoja de papel en la mano y esas manos sudadas.

Se trataba de una lista vana, llena de expresiones generacionales, de ideologías supremas.

Rolando, sentado en el piso, miró la lista vacía por un momento. Pensaba que obviamente le parecía más fácil inventar mentiras que decir verdades. Pero sabía también, que no tenía caso inventar tan sólo mentiras. La Comandanta sabría encontrar las verdades de alguna manera. Por lo menos él creía poder darse cuenta si La Comandanta decidía no ser sincera. Pero la verdad es que ambos se habían empezado a cansar de alimentar al otro con pretextos y fantasías.

Rolando escribió.

"Verdades y mentiras" de Rolando

SUEÑO - Sueño con la casa del Bichos, que estoy solo y no hay muebles; tus ojos me miran llenos de lagañas y me siento desnudo. Me dejas solo.

	- Sueño con que descubro la manera de volar lejos, pero me doy cuenta de que tengo las plumas llenas de aceite y no puedo.
PELÍCULA	- Mi película favorita es “Endless Love”
	- Mi película favorita es “Drácula”
CANCIÓN	- Mi canción favorita es “La célula que explota” de Caifanes
	- Mi canción favorita es “Numb” de Pink Floyd
MEJOR AMIGO	- Tú eres mi mejor amiga.
	- Yo soy mi mejor amigo.
AMOR	- Nunca he sabido amar.
	- Amo más allá de mi razón.
ODIO	- Es lo que siento por mí mismo.
	- Es lo que rige mi vida.
VIDA	- No vale nada.
	- Es lo que tenemos por delante.
SEXO	- Coger es una necesidad, un instinto natural, por lo tanto animal. Como venga y con quien venga.
	- Nunca he hecho el amor con nadie.
SUFRIMIENTO	- Tú.
	- Yo.
VIOLENCIA	- lo que me excita
	- lo que detesto
DROGAS	- la mota rules
	- lo que necesito para evadir mi realidad
EL BICHOS	- mi rival
	- lo que me gustaría ser
LA COMANDANTA	- mi confidente, mi conciencia
	- mujer a la que no se ama ni se desea
ROLANDO	- tu esclavo
	- pendejo
MUERTE	- mañana la encuentro
	- me da miedo

La Comandanta miró a Rolando de reojo antes de empezar a escribir. Pensó por un instante en la razón de ser de todo el juego. Si se trataba de decir la verdad, no tendría problemas, confiaba en la poco facilidad que parecía tener Rolando en

interpretar indirectas o captar directas al chingadazo. Por un segundo le dio risa... Para qué andarse por las ramas. No tenía nada más que esconder.

La Comandanta escribió.

"Verdades y mentiras" de La Comandanta

SUEÑO	- sueño siempre que me muero
	- me muero cuando sueño
PELÍCULA	- "Some kind of wonderful"
	- "La doble vida de Verónica"
CANCIÓN	- no me gusta la música
	- Me and Bobby Macgee, de Janis Joplin
MEJOR AMIGO	- El Bichos
	- No tengo amigos de neta
AMOR	- Te amo
	- yo no me ando con esas chingaderas
ODIO	- la causa de mis males
	- tu sinónimo
VIDA	- no me importa
	- carpe diem
SEXO	- me cojo a quien sea como sea
	- soy virgen
SUFRIMIENTO	- la escencia de mi vida
	- la neta de la realidad
VIOLENCIA	- la desprecio
	- el estado natural de mi alma
DROGAS	- soy chiva, no le hago
	- mi momento de verdad
EL BICHOS	- mi hermano de silencio
	- mi güey
LA COMANDANTA	- perra sin conciencia
	- Ana
ROLANDO	- mi muerte en vida
	- pendejo que no sabe ser
MUERTE	-bienvenida cuando quiera
	- mi libertad

La Comandanta había terminado primero. Había sido fácil. Rolando parecía tener problemas en expresar sus verdades; por lo menos parecían indicarlo los dedos distraídos en los mechones de pelo que le colgaban en la frente. Se rascaba la cabeza más de lo normal. De repente, se levantó y se dirigió como un niño al sillón, con los ojos aún clavados en la hoja.

- ¿Qué, ya terminaste? – preguntó La Comandanta insegura.

- Sí, vente, vamos a poner a prueba nuestros talentos como "profilers", pues.

Intercambiaron los papeles sin decir nada. Ninguno de los dos estaba dispuesto a predisponer al otro antes de escuchar la primera interpretación. No se voltearon a ver mientras leían, para no exponerse a preguntas incómodas.

Rolando pidió águila en el volado y ganó, por lo que podía empezar con su perfil de La Comandanta sin preámulos:

- Bueno... yo diría... – La Comandanta, con el corazón en la mano – que seuñas siempre que te mueres. Se me hace que varias veces te oí contándole el mismo sueño al Bichos. Tu película favorita es "La doble vida de Verónica", no puede ser que te guste la cursilería ochentera...

- Ahórrate los comentarios, papi, quieres? Da güeva- la verdad es que estaba furiosa de la arrogancia con que Rolando le vendía sus conjeturas, se trataba de su alma, chingada madre!

- Ay, Comandanta, no seas desesperada, de alguna manera tengo que explicarte mis decisiones, no crees?

La Comandanta levantó los brazos y giró los ojos, enseñando lo blanco por más de dos segundos. resignación, ahora tenía que abancárselo.

- tú canción favorita es Me and Bobby Macgee, de Janis Joplin, cada vez que vamos a una fiesta la pones, qué no? La verdad es que sientes que no tienes amigos de neta, y crees que no los vas a tener nunca porque te sientes incomprendida. La del amor - La Comandanta tuvo por un segundo la sensación

de que Rolando, titubeante ante las dos respuestas, se había sonrojado, para después menear insignificantemente la cabeza y golpear con la punta de la pluma en el papel- ésa te la mamaste. - La Comandanta contuvo la respiración por un momento – YO SÉ que tú no te andas con esas chingaderas.- Como aquella vez en el café, La Comandanta hubiera preferido levantarse e irse, dejarlo solo con su estupidez o quedarse a arrancarle el cuero de los huesos. Pero no quería mostrar ninguna reacción. Al fin y al cabo, era parte del juego. – Vives la vida loca, morra, eres puro carpe diem. Con lo del sexo me la pusiste difícil... pensé mucho pero me di cuenta de que la frasecilla ésa: "me cojo a quien sea como sea" no va para nada contigo. Yo sé que no...- Rolando la miró de nuevo, ahora más callado, como si de repente la duda le hubiera comido la lengua – pero de eso a que seas virgen? - La Comandanta no respondió. Y Rolando se dio cuenta de que había dado en el clavo. Se sintió tan estúpido que no abrió la boca. Prefirió seguir con su perfil. – La violencia es definitivamente el estado natural de tu alma. En otros tiempos te hubieran exorcizado por pensar que estabas poseída. - La Comandanta se rió.- Drogas, fácil, si tú eres chiva, yo soy Pedro Infante – Ojalá lo fueras, pensó La Comandanta – Y bueno... por lo menos tuviste los güevos decirme de una vez por todas que SÍ te traes algo con el Bichos... - mi hermano de silencio, ni hablar, no sé por qué me sorprende. La Comandanta no es nada más que Ana, o le gustaría serlo, pero no le sabe. Y ya sé que me consideras un pendejo que no sabe ser. Me lo has repetido tantas veces...

- No me veas así. Dijiste que no se trataba de desmentir al profiler! No esperes que te diga nada.

- Y por qué me ves entonces tan feo. En alguna parte metí las patas... pero no sé bien en dónde.

- Cállate mejor, que ahora sigo yo: No sé muy bien qué sueñes, porque no he tenido el gusto de estar ahí cuando te despiertas, pero yo creo que sueñas que

puedes volar pero tienes las alas hechas mierda. Te ha de gustar "Drácula", por las mismas razones que las que me diste a mí: no puedo creer que te guste una película cursi ochentera y mal actuada. – Rolando pensó en explicarle porqué Endless Love le había gustado tanto, pero se quedó callado.- Ya sé que te encanta Pink Floyd, así que ahí no hay pierde... así como también supongo que me consideras tu mejor amiga, lo que naturalmente aprecio. A sabiendas de tus enamoramientos express, me imagino que nunca has sabido amar y sé también que te odias a ti mismo. Piensas de la vida que es lo que se va a encargar de arraglarte los pedos en el cerebro, pero bueno, mi papichuli, se me hace que no es tan fácil, pero bueno, no es muy mi problem... Para ti, diría yo, a ver... como dice aquí "Coger es una necesidad, un instinto natural, por lo tanto animal. Como venga y con quien venga". A fin de cuentas te vale madre, pero lo buscas de vez en cuando. Piensas que soy la encarnación de sufrimiento, a lo mejor por eso me agarraste de musa en este viaje. Detestas la violencia, porque siempre te ha dado miedo perder el control sobre ti o porque te da miedo que te descompongan tu linda cara, sabrá el inquilino demonio. Te encanta la mota... Y en cuanto al Bichos... la envidia que le tienes no es porque lo consideres de veras tu rival... es porque es lo que te gustaría ser: libre. Me consideras una mujer a la que no se ama ni se desea, eso lo sabía desde hace mucho. Tú mismo te consideras un pendejo, no hay necesidad de metértelo en la cabeza. No me eches la culpa. Y la muerte te da miedo. Ahí tienes.

Rolando la había escuchado atento... pero parecía que la boca se le llenaba de ácido y estaba a punto de escupir la lengua por decir lo que le quemaba por dentro. Era increíble lo bien que lo conocía La Comandanta, pero también era extraño pensar que ni siquiera ella había llegado a las misma conclusiones que él... en todos los casos, por así decirlo... La Comandanta parecía igual de decepcionada, aunque era aún más comprensiva que Rolando ante semejante

fracaso. Rolando sí había atinado muchos puntos, pero como siempre se había equivocado en los más importantes.

Se quedaron callados por un rato...hasta que hablar se hizo necesario para no perderse en el eco de las voces ajenas, de las verdades y mentiras ahora tan confusas.

***

Cada vez que me acuerdo de ese juego culero, más ganas me dan de llorar. Cada vez que alguien se aparece en la cantina que parece medio baboso le aplico el jueguito para luego pisotearle el ego. Ay, Rolando. Me hiciste desgraciada. Por eso te sigo odiando. Pudiste haber atinado las verdades... te hubieras ahorrado mis lágrimas... Te lo dije todo ese día. Todo y hasta más de lo que sentía. Pero tú ya estabas predispuesto, méndigo, a decirme adiós aquella noche. Como dice la canción "pero ya estaba escrito, que aquella noche...perdiera su amor". Lo pero del caso, es que me dejaste con la pinche duda, si querías que te desmintiera. Si querías decirme algo, si querías cambiar al mundo. Pero lo dejaste abierto, mi buen... Dejaste el cheque en blanco y yo no me atreví a cobrarlo.

-15-

- Comandanta?
- Hm...
- Porqué lloras?
- Supongo que por lo mismo que tú...
- Metí las patas, verdad?
- Yo seguro que también. Ahora mejor déjanos llorar callados. Para las pocas veces que me salen, no me gusta dar explicaciones acerca de mis lágrimas...
- Dame un traguito de tu cerveza...
- Si quieres acábatela. Yo ya ni de eso tengo ganas.

- Le quiero hacer el amor, mi Comandanta.

- Para quitarme lo virgen o para quitarte la soledad?

- Para lo que quieras...

La Comandanta no se movió por un segundo. Rolando tampoco. Quizá fue él el que le tocó la cara. Se fue comiendo sus lágrimas; con la cara escondida en el pelo. Los brazos tensos. La Comandanta callada también, sollozando ahora con la angustia del momento tan inminentemente efímero. Con las manos bazo los muslos. Sin tocar. El silencio, tan mutuo, tantas veces tan seco, ahora humedecido por los sudores de dos cuerpos cubiertos, aún, de herrumbre.

Rolando encontró de repente sus manos atadas al brassiere debajo de una camiseta asexual y obsoleta. La Comandanta con los dedos entumidos de tanto tocarle el pelo. La barba rasposa en uno de sus brazos. Rolando con los ojos cerrados, las rodillas en el piso. Profanando la mutua indiferencia, retándose calladamente a no sentir, a no seguir llorando.

La furia de La Comandanta al saberse traicionada, por su propia sangre, sus vísceras, el sexo pulsante. Rolando sumiso, sin la desesperación de los encuentros furtivos. La certeza de un encuentro eterno, un encuentro cósmico. Y de nuevo las palabras, ahora jadeantes, pausadas...

- ¿Para qué, Rolando? - La Comandanta sin detenerse, sin empujarlo.

- Para acabar de una buena vez con todo esto – Rolando recogiéndole las lágrimas con la lengua.

Rolando, con la camiseta de La Comandanta en la mano; una desnudez sagrada, escondida aún, corrompida de repente por unos ojos inmóviles, incrédulos. No era la primera vez que se tocaban. Era la luz lo que hacía que todo tuviera un aura de reconocimiento. Era mirarse a los ojos, era el temblor de no encontrar una violencia palpable en los movimientos. No había ternura, tan sólo tristeza.

Estaban solos, solos cada quien con sus pensamientos, cada quien con sus amarguras y desconsuelos; proponiendo con las caricias una resignación egoísta, perturbada tan sólo por la sincronización de sus entrañas.

Fue en un momento así, cuando Rolando, perdido en su propio consuelo, se encontró con La Comandanta en el suelo. Frente a frente, los cuerpos desnudos, ahora, de repente, tan diferentes, tan ajenos. No había pasión, tan solo necesidad; necesidad que consume al alma, fuego lento e impertinente que lo enciende todo, que destruye todo a su paso.

Rolando cerró los ojos. Notó el llanto de quien se sabe penetrada, sorprendida en una intimidad hasta ahora celosamente guardada; el llanto de quien descubre una identidad ofensiva, débil. La Comandanta desgarrada por dentro. La realidad de su negación había sucumbido. La verdad de su feminidad la había atropellado. Una realidad tanto tiempo negada, por miedo a la desdicha del reconocimiento último, para dar paso al papel que le corresponde. La Comandanta tratando de superar su miedo de convertirse en mujer, en ser su propio verdugo. Rolando convenciéndose de no llorar por saber lo que estaba profanando. No era la entrega de dos amantes en celo. Era una disputa de esencias; una guerra de mentiras, de corazas y puertas infranqueables. Rolando, sintiendo el sexo cubierto de reproches, de un cuerpo rebelde. La Comandanta había dejado de llorar; tan sólo cerraba los ojos para respirar más profundamente el perfume del sexo.

Nada, nada... nada sería igual. Rolando también lo sabía y por eso lloraba.

La Comandanta se levantó. Rolando estaba frente a ella, desnudo. Se miraron a los ojos, por primera vez, sin tener que huir después.

La Comandanta abrió los brazos, mostrando su desnudez, con todas las lágrimas amontonadas en la comisura de los párpados, el rostro tenso, dibujando con la comisura de los labios, el gesto grotesco de quien finge una sonrisa.

- Siempre supiste que no soy de las mujeres que se aman o se desean... Soy aquélla que te lo da todo en un segundo y luego te dice que te vayas porque sabe que no le perteneces.
Rolando levantó la cara, la miró perturbado. Se le fueron acumulando las palabras en la lengua. La cabeza llena de promesas desenfrenadas, de gritos, de súplicas.
- Ana... Mi Comandanta...
- No me digas Comandanta, Rolando. Esa pendeja se acaba de morir. – No había rabia en su voz, ni siquiera amargura. Si alguna vez La Comandanta había sentido ternura por Rolando había sido en ese momento. –
- Yo no...-
- Por favor, no me des explicaciones. Yo tengo suficiente ya con todo lo que me tengo que explicar a mí misma. Mañana, cuando te vayas, no me digas nada, sí? Pretende que nunca me conociste.- La Comandanta se vistió sin darle la espalda, mientras Rolando seguía buscando palabras, tragándose las frases masticadas antes de darles voz. Te amo, mi Comandanta. Te amo. Palabras cobardes que nunca dieron la cara.
- Ven - La Comandanta le tendió la mano.
- A dónde vamos?
- Afuera. Te invito a apagar estrellas.
- Ana...?
- Hm?
- Me estás diciendo adiós?
- Tú y yo, Rolando, nos dijimos adiós desde antes de conocernos.

La Comandanta se despertó con la piel húmeda. Recargada todavía en el umbral de la puerta, sintió de repente el frío del sereno de la mañana. Se había quedado dormida, apagando las estrellas. "Con el índice y el pulgar apretaditos" le había

dicho a Rolando, "como si estuvieras apagando una vela". "Y para qué apagamos las estrellas?" le había preguntado Rolando. La Comandanta sonrió al recordar su respuesta: "Para darle lugar a la oscuridad".

Sintió una punzada en la entrepierna al levantarse. Al fin y al cabo no había sido un sueño. Por alguna razón, sabía que la casa estaba vacía. Rolando se había ido. La Comandanta no sentía necesidad de buscarlo. Se habían dicho adiós sin arrumacos ni mentiras.

Recogió la basura del sillón y del baño. Apagó las luces que se habían quedado prendidas. Cerró las ventanas. Salió de la casa, cerrando la puerta, sin dejar una sola migaja de su alma dentro. Se llevaba todo consigo.

Aún era temprano y el sol no quemaba tanto. Divisó la carretera y la parada del camión, en la que seguramente se estarían formando remolinos de polvo nuevo. Pasaron unos cuantos coches mientras caminaba. El mundo parecía seguir girando.

Lo vio casi por casualidad. Se acercó despacio. Aún estaba desnudo.

Su cuerpo blanco flotando en la lagunilla como un lirio acuático. La sangre confundida con la tierra roja, revuelta en las aguas. Los ojos sombríos, aún abiertos. La calma de quien sueña sin acordarse. La muerte le había entrado por el cuerpo, abriéndose puertas por heridas delgadas en los muslos y en los antebrazos. Los vellos aún pegados a la poca sangre que había llegado a coagularse.

La Comandanta cayó de rodillas al suelo. El odio. Ese odio tan profundo que se arremolinaba en sus pulmones como el polvo de la sierra. Estaba gritando de ira.

- Hijo de la chingada... cobarde... hijo de la chingada. Egoísta de mierda! ¿Qué fácil, no? No tener que olvidar! Largarte así nomás, sin tener los güevos para sentirte solo! – revolcándose en el lodo de la orilla, con la mitad del cuerpo en el agua ensangrentada. – Te odio Rolando, te odio.

***

Se me está acabando la cordura... Estoy hasta mi madre y se me hace que ya no me voy a despertar. Te amé aquella noche? Me hiciste el amor o te lo hiciste solo para llevarte contigo el recuerdo. Me asesinaste Rolando. Mataste a La Comandanta por la espalda, regalándole la conciencia de que a fin de cuentas, era un mujer como todas las demás. Me perdí en tus brazos, brody. Me arrancaste la vida en un suspiro. Me chupaste la sangre. pero se me olvidó darte las gracias, mi Rolas.

Ahora que de veras estoy sola, me arrepiento, me cae, de no haberte seguido el jueguito. Tú fuiste demasiado cobarde para vivir sin mí, pero yo... yo me quedé a vivir sin ti. Me dejaste sola. Hasta el Bichos, me dejó sola... De eso ya no te enteraste, por eso te lo platico, aunque a lo mejor ya te lo encontraste y se estarán tomando una chela con el diablo a mi salud. Me abandonaste, perro. Me abandonó el Bichos por preferir dejarse atropellar en el periférico por un minibús. Y yo? La Comandanta está muerta en vida, con las tetas caídas de no comer y tragar puro alcohol. Con los ojos rojos de tanto llorarte, malnacido. Con la cabeza sucia, llena de pájaros que me traen tu nombre.

A veces me pregunto si estarás en el infierno esperando mi llegada. Por una vez en tu vida...o más bien, en tu muerte, Rolando, haz algo bien, no me chingues: Espérame en la entrada del infierno, con una chela y un guato de la mota roja que nunca fumamos juntos, tócame un marichi para que me des la bienvenida. Quiero que me digas: "te tardaste mucho, mi Comandanta" y después de que te saque los ojos del odio que te traigo, Rolando, por favor, te suplico que, por fin, me declares tu amor.